



Deportes y Discriminación

MARTHA BARRAGÁN MÉNDEZ, MAR • SALVADOR AGUILERA
ELVIRA HERNÁNDEZ CARBALLIDO • RAMÓN ABULÓN HERNÁNDEZ • PAOLA ESPINOSA SÁNCHEZ
MÓNICA LAVÍN • JACOBO DAYÁN A.

DIRECTORIO

SECRETARÍA DE GOBERNACIÓN

Miguel Ángel Osorio Chong
Secretario

CONSEJO NACIONAL PARA PREVENIR LA DISCRIMINACIÓN

José de Jesús Daniel Ponce Vázquez
Encargado del despacho de Presidencia

JUNTA DE GOBIERNO

Representantes del
Poder Ejecutivo Federal

Roberto Rafael Campa Cifrián
Secretaría de Gobernación

Fernando Galindo Favela
Secretaría de Hacienda y Crédito Público

Pablo Antonio Kuri Morales
Secretaría de Salud

Alberto Curi Naime
Secretaría de Educación Pública

José Adán Ignacio Rubí Salazar
Secretaría del Trabajo y Previsión Social

Ernesto Javier Nemer Álvarez
Secretaría de Desarrollo Social

Lorena Cruz Sánchez
Instituto Nacional de las Mujeres

Representantes designados por la Asamblea Consultiva

Santiago Corcuera Cabezut
Clara Jusidman Rapoport
Mauricio Merino Huerta
Luis Perelman Javnozón
Juan Martín Pérez García
Ricardo Miguel Raphael de la Madrid
Gabriela Warkentin de la Mora

Instituciones invitadas

Centro Nacional para la Prevención
y el Control del VIH/Sida

Consejo Nacional para el Desarrollo
y la Inclusión de las Personas con
Discapacidad

Comisión Nacional para el Desarrollo
de los Pueblos Indígenas

Instituto Mexicano de la Juventud

Instituto Nacional de Migración

Instituto Nacional de las Personas
Adultas Mayores

Sistema Nacional para el Desarrollo
Integral de la Familia

Órgano de vigilancia

Manuel Galán Jiménez
Sergio Federico Gudiño Valencia
Secretaría de la Función Pública

Asamblea Consultiva

Mauricio Merino Huerta
Presidente

Elena Azaola Garrido
Santiago Corcuera Cabezut
Sarah Corona Berkin
Katia D'Artigues Beauregard
Rogelio Alberto Gómez-Hermosillo Marín
Clara Jusidman Rapoport
Marta Lamas Encabo
Esteban Moctezuma Barragán
Rebeca Montemayor López
José Antonio Peña Merino
Luis Perelman Javnozón
Juan Martín Pérez García
Jacqueline Peschard Mariscal
Alejandro Ramírez Magaña
Ricardo Miguel Raphael de la Madrid
Pedro Salazar Ugarte
Tiaré Scanda Flores Coto
Regina Tamés Noriega
Gabriela Warkentin de la Mora

Deportes y discriminación

MARTHA BARRAGÁN MÉNDEZ, *MAR* • SALVADOR AGUILERA
ELVIRA HERNÁNDEZ CARBALLIDO • RAMÓN ABULÓN HERNÁNDEZ • PAOLA ESPINOSA SÁNCHEZ
MÓNICA LAVÍN • JACOBO DAYÁN A.

colección
matices

SEGOB
SECRETARÍA DE GOBERNACIÓN



CONSEJO NACIONAL PARA
PREVENIR LA DISCRIMINACIÓN

Coordinación de la colección: Yoloxóchitl Casas Chousal.

Coordinación editorial: Carlos Sánchez Gutiérrez.

Cuidado de la edición: Armando Rodríguez Briseño
y Carlos Martínez Gordillo.

Diseño y formación: Génesis Ruiz Cota.

Fotografía: Miguel Oaxaca (pp. 11, 57, 65, 75, 83 y las fotos de las mismas personas en forros); Antonio Saavedra (p. 27 y la foto de la misma persona). Las fotografías de Elvira Hernández Carballido son cortesía de la autora.

Ilustraciones: Martha Barragán, Mar (pp. 15, 18 y 23)

Primera edición: octubre de 2015.

D. R. © 2015. Consejo Nacional para Prevenir la Discriminación.

Dante 14, col. Anzures,

del. Miguel Hidalgo,

11590, México, D. F.

www.conapred.org.mx

ISBN: 978-607-7514-50-3 (Colección Matices)

ISBN: 978-607-8418-14-5 (Deportes y discriminación)

Se permite la reproducción total o parcial
del material incluido en esta obra, previa
autorización por escrito de la institución.

Ejemplar gratuito. Prohibida su venta.

Impreso en México. *Printed in Mexico.*

Índice

Presentación

Daniel Ponce Vázquez 7

Una historia de luz

Martha Barragán Méndez, *Mar* 13

Vencer a la discriminación, el gran reto del deporte

Salvador Aguilera..... 29

Cuando las mujeres mexicanas juegan futbol

Elvira Hernández Carballido 37

Violencia y discriminación en el deporte

Ramón Abulón Hernández 59

NO a la discriminación en el deporte

Paola Espinosa Sánchez..... 67

El básquetbol no es para las niñas bonitas

Mónica Lavín 77

Homofobia normalizada en el futbol mexicano

Jacobo Dayán A. 85

Presentación

Daniel Ponce Vázquez

Citius, Altius, Fortius. Más rápido, más alto, más fuerte. El lema de la mayor justa deportiva del mundo no deja lugar a ambigüedades: su construcción gramatical está en masculino y expresa una visión que deja fuera a las mujeres y a las personas con algún tipo de discapacidad, la cual permeó durante décadas los Juegos Olímpicos. No obstante que el reconocimiento de los derechos de las personas ha avanzado en la comunidad internacional, ese concepto permanece aún en la actualidad: la cobertura y difusión de los espacios deportivos en que participan mujeres es menor, y no se diga de los Juegos Paralímpicos, que son aún más desvalorizados por las empresas patrocinadoras. ¿El deporte debe ser un catalizador de la integración social o un medio de propagación de la discriminación?

Si segmentamos las prácticas deportivas hallaremos que en el caso del fútbol, tal vez el deporte con mayor impacto social en el mundo, prevalece la concepción de que es el “juego del hombre”, del “sexo fuerte”, en el que las mujeres y las personas con algunos tipos de discapacidad se encuentran en desventaja. Además, existen limitaciones para que las personas homosexuales sean incluidas abiertamente en su práctica.

Por eso resultan valiosas las opiniones de quienes colaboran en *Deportes y discriminación*. Tenemos textos de practicantes de diversos deportes, de manera profesional o *amateur*, que ofrecen las perspectivas de quienes experimentan directamente la discriminación y el trato desigual por no ajustarse a patrones machistas, misóginos y comerciales, tanto de directivas del deporte como de medios de comunicación.

A esas opiniones se suman las de quienes, desde la tribuna y la práctica periodística, observan con inquietud el desprecio por la diferencia, por la diversidad y la pluralidad, una actitud que se refleja habitualmente en expresiones de odio, homofobia, racismo y violencia.

La cancha aún no es pareja para todas y todos. El mundo en que vivimos sigue privilegiando una visión que considera que ciertos deportes tienen derecho de exclusividad y que fueron diseñados sólo para personas sin discapacidad. Sin embargo, como bien dice Martha Barragán Méndez, “el mundo no es un lugar acabado, concluido, el mundo es un ente en constante construcción”. Un concepto simple que irradia profundidad y esperanza.

Las relaciones sociales, en constante movimiento, también abren el espacio a la indignación por el trato desigual y llaman a la toma de conciencia cuando la justa deportiva no invita a la alegría, sino al desprecio por el color de la piel, el origen étnico, el género o la preferencia sexual.

En la comunidad internacional, países y asociaciones deportivas comenzaron a poner atención sobre el peligro que implica el racismo, la xenofobia y, en años recientes, la violencia social impelida por prejuicios homofóbicos. En los dos primeros casos han sido más tajantes las medidas adoptadas, sin embargo, con la homofobia la historia es otra: sus expresiones aún se ven como ocurrentes, anecdóticas y hasta *normales* dentro de las idiosincrasias nacionales.

8) Caminar hacia una sociedad de derechos en el ámbito deportivo implica que las instituciones, organizaciones y empresas, públicas y privadas, cambien estructuralmente su visión, para que las políticas públicas en la materia garanticen la inclusión de todas las personas en la práctica deportiva *amateur* y profesional; que toda la infraestructura

deportiva sea accesible para personas con discapacidad y que quienes estén involucrados en todos los espacios del medio deportivo reciban capacitación especializada y permanente sobre el derecho de todas las personas a la igualdad y la no discriminación.

El trabajo del Consejo Nacional para Prevenir la Discriminación (Conapred) es un ejemplo en el impulso de esos cambios estructurales. Falta mucho por hacer, pero de manera gradual hemos ido avanzando en la corresponsabilidad pública y privada necesaria para evitar que el machismo, la xenofobia, el racismo y la homofobia empañen los esfuerzos de mujeres y hombres en las justas deportivas, donde la cancha debe de ser pareja para cualquier persona que participe en ella, sin excepción.



Martha Barragán Méndez, *Mar*

Cree en lo que nadie cree y confía en lo imposible. Es una mujer apasionada por el conocimiento pero no por saber más, sino por ignorar menos. Primero buscó respuestas en la ciencia y estudió Ingeniería Química en la UNAM. Luego se lanzó a la aventura de iniciarse como pintora; sabía que hay cosas que se pintan, que no se hablan y que no se escriben.

De ahí pasó a cuestionarse el mundo como caricaturista. Le encanta el humor, el pensamiento lúdico, el diálogo profundo, así como divertirse, ser diversa, divergente y disonante. De hablarle a la luna cada noche, aunque sólo le responda con un guiño, nació su pasión por contar historias y su camino por las letras, como una lectora hambrienta y como escritora en tierna formación.

Por el impulso incontenible de acompañar a las personas en su propio viaje interior, por la pasión de entrar en esos mundos infinitos que le brindan el privilegio de apoyar en la transformación de mapas, marcos, juegos y desatar la máxima expresión de cada persona que acompaña, es que se certificó como Meta Coach; es activa colaboradora en el Festival de la Ciudad de las Ideas.

Le teme a las caras perfectas, a las vidas normales, a los espacios impecables, a las mentes rígidas, a quienes no se ríen. Tampoco entiende a esas personas que no les gusta un beso en la mejilla y menos de un perro —“con todo lo maravilloso que son otros seres vivos”—, aunque las respeta.

Su estado favorito es curiosear y estar plena de humor. Ama el brillo en una mirada, así como a toda su familia porque “mucho de lo que hago y de quien soy, es por mi familia”. También siente que “no soy, estoy siendo; no soy un ser acabado, una obra concluida, cada día me siento como una hoja en blanco en donde podría ser que se trace un dibujo, se relate una historia o se infiltre un mensaje con humor a través de una caricatura”.

Una historia de luz¹

Martha Barragán Méndez, *Mar*

Cuando ella nació, ni siquiera pensaron que fuera a vivir más de dos meses y ahora está en España, conmoviendo a un público internacional que se sorprende por la belleza de su exhibición de nado sincronizado, precisamente ella, de quien durante años dijeron que no podría ser más de lo que siempre han sido mujeres como ella, pero, como dice una frase de George Bernard Shaw: “Sólo triunfa en el mundo quien se levanta y busca a las circunstancias y las crea si no las encuentra”.

Creer en mí

Mi nombre es Mayra Luz, y aunque leo y escribo, no podría escribir como quizá tampoco relatar mi historia en un texto largo, hasta ahora, pero si lo hiciera, creo que sería algo así...

El día que nací, con apenas treinta centímetros de tamaño y un kilo con ochocientos gramos, mi madre me tenía abrazada y pegada a su pecho, me sentía totalmente vulnerable ante el mundo, y no por mi peso y medida sino por mi condición, aquella que me marcó como una niña especial con capacidades diferentes. El pronóstico médico fue reservado, le dijeron que tal vez no sobreviviría ni dos años, o quizá viviría sólo hasta los 14 o 15 años... Como dice ella, escuchó muchas estupideces.

¹ Historia basada en hechos reales.

Desde su mirada, veía el mundo demasiado hostil para alguien como yo, creo que por eso me mantuvo pegada a ella durante los dos primeros meses de vida. Lloraba triste, dormía, me alimentaba y me separaba unos cuantos minutos apenas para lo necesario, y nunca me llevó a ningún lugar fuera de casa, estábamos las dos metidas con el miedo a lo desconocido hasta que un día despertó, abrió la ventana, había un sol resplandeciente, y decidió que era hora de salir.

Me abrazó y nos subimos a un camión urbano y observó a la gente. Todos eran diferentes, blancos, morenos, altos, bajos, delgados, gordos, bien vestidos, casuales, deportistas, oficinistas... y entonces vino a su mente una reflexión: “¿De dónde sacas que tu hija no saldrá adelante, que no tiene derechos o capacidades para enfrentar el mundo si ni siquiera tú se las estás otorgando con esta actitud!” Y así, por primera vez, ella creyó en mí.

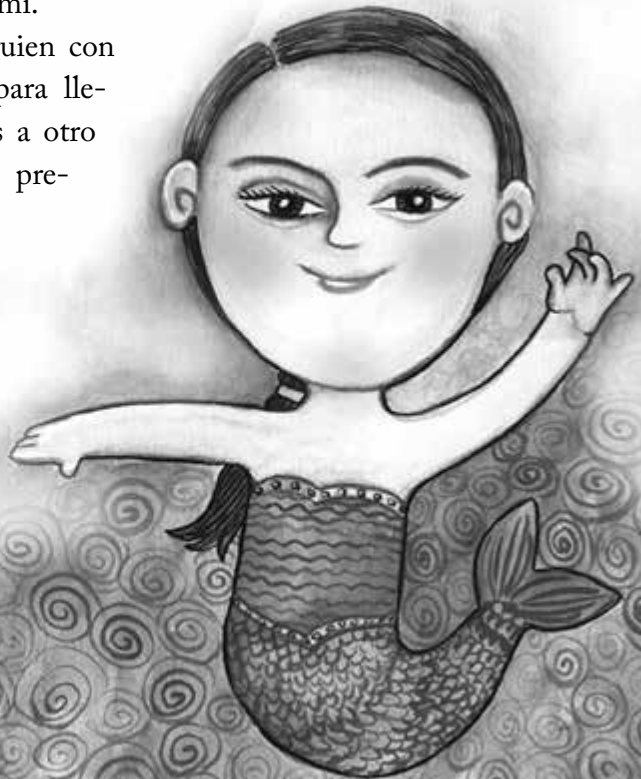
Pero no basta con creer, también hay que saber, y por eso mi mamá fue a comprar muchos libros para saber sobre mi condición, el síndrome de Down, entender qué me sucedía y cuáles eran las posibilidades en mi vida. Sin embargo, ella había decidido que conseguiría todas las facilidades que pudiera para que mi vida estuviera integrada con las demás personas, con las personas estándar.

Algo que descubrí es que no estaba en mis capacidades creer en mí, así que ha sido muy importante que mi madre, mi padre y mis hermanos crean en mí. Dentro de lo posible me trataron como un igual, olvidando mis capacidades diferentes o especiales y llevando mi ser a su máxima expresión.

Quizá una de mis capacidades más complicadas de desarrollar sea la de tener una visión de mí a largo plazo, como cualquier persona es-

tánder, pues mi capacidad intelectual se encuentra comprometida en aprender otras funciones básicas, algunos conceptos como distinguir entre lo bueno y lo malo para mí, lo que es correctamente aprobado en lo social o en lo privado, así que creer en mí sólo puedo concebirlo frente a los retos cotidianos, pero imaginar al mundo lleno de posibilidades y dimensionar su tamaño es algo en lo que requiero apoyo. Creer en algo tan lejano como el futuro no me es fácil. De tanto observar, he aprendido a soñar, pero necesito que alguien esté conmigo, ayudándome a creer en algo más grande y más lejano en el tiempo; el tiempo sigue siendo un concepto complejo para mí.

Podría decir que alguien con visión es fundamental para llevar nuestras capacidades a otro nivel. Pero también me pregunto, ¿será así sólo para personas como yo o será que al mundo le



hacen falta personas con más visión? Personas que crean en nuestras capacidades incluso con más fuerza que nosotros mismos, nosotras mismas.

¿Quién dice hasta dónde se puede llegar?

Dada mi condición, me llevaron a natación desde los ocho meses de edad, sin embargo, hace 23 años no era fácil conseguir que una escuela me aceptara.

Viví mis primeras experiencias de discriminación antes de cumplir un año en dos escuelas de natación. Pero, en una de ellas, la esposa del dueño de la alberca logró hacerlo entrar en razón y, gracias a ella y al entrenador, fue que pude iniciar mi amor por el deporte. Años más tarde, en una escuela de gran renombre también fui rechazada; ahí le dijeron a mi mamá que esa escuela sólo formaba campeones y que debía comprender que eso yo jamás lo podría lograr. Lo cierto es que de esa escuela no han salido campeones.

Ignorar en qué consisten mis capacidades hace que las personas me imaginen más limitada de lo que realmente soy y, en ocasiones, hasta peligrosa. Pero, ¿saben qué? Cuando me integro en grupos mixtos, es decir, con personas estándar, terminan queriéndome mucho pues me encanta sonreír y me gusta mucho jugar y las bromas también. Con mi mamá la cosa era diferente pues ella se molestaba si no comprendían mi condición, pero poco a poco se ha dado cuenta que a las personas les asusta aquello que no conocen, es decir, su propia ignorancia.

También practiqué karate desde los 11 años de edad. Todo empezó así: comíamos en un restaurante y al lado se veía cómo impartían una

clase de karate. Mi mamá notó el interés que me despertó ver a esas personas haciendo esos movimientos. Se levantó de la mesa y preguntó sobre la posibilidad de que me aceptaran en la clase y, para mi suerte, a la sensei Patricia Carpinteyro, 6° Dan cinta negra, le gustó mucho la idea; la única condición fue que a mí me gustara el karate. ¡Y a mí me encantó! Ahí, en la escuela Fukai Karate Do, fue donde por primera vez me trataron como una igual desde el primer día. Seguí practicando varios años, mi papá me llevaba a clase y, para que no se durmiera mientras me esperaba, decidió que lo mejor era también tomar la clase. Pasaron los años, ambos tuvimos muchas presentaciones y conseguimos ser cinta negra. He notado que me gustan los retos, me gusta mucho estar donde hay una meta que alcanzar y me encanta que las personas disfruten mis logros.

Una buena parte de mi vida la pasé en la fundación John Langdon Down. Ahí todos somos personas con síndrome de Down, y al paso de los años mi mamá notó que ahí no había nada más que aprender, ni mayores oportunidades que las que ofrecía tradicionalmente la fundación. Parecía que mientras más crecíamos menos interés había para integrarnos plenamente a la sociedad.

Sin embargo, un día a la fundación llegó una entrenadora con una idea novedosa, invitar a jovencitas como yo, con síndrome de Down, a formar un equipo de nado sincronizado, y así empezó esta nueva aventura.

Aparentemente nuestra condición física se vería comprometida con este entrenamiento. Pero, para mi mamá, sólo se trataba de un reto diferente y, con su apoyo, veríamos hasta dónde podíamos llegar. ¿Quién se atreve a decir hasta dónde puede llegar una persona según sus capacidades? ¿Cómo saber el momento en que se pueden rebasar las propias

capacidades y llevarlas a otro nivel? El poder de ser y hacer está en cada ser humano más allá de sus capacidades.

Esta parte de mi vida la resumo así: todo lo que creen saber de mí es tan sólo una muestra de todo aquello que ignoran, mis límites tampoco yo los conozco.

Creando mundos

El mundo no es un lugar acabado, concluido, el mundo es un ente en constante construcción.

Luego de seis meses, la entrenadora decidió que debíamos practicar en un lugar más apropiado para desarrollar el nado sincronizado profesional. Ese lugar fue el centro deportivo Ceforma, donde practican equipos de nado sincronizado con jovencitas estándar, nadadores profe-



Sólo triunfa en el mundo quien se levanta y busca las circunstancias y las crea si no las encuentra..... George Bernard Shaw

sionales y hasta clavadistas de talla olímpica. Se hizo un acuerdo inicial pero la sorpresa fue que cambiaron al administrador y quedó a cargo el licenciado Sabino Loredó, quien nos negó el acceso. Sus argumentos fueron algo así: “Estas muchachitas no pueden nadar aquí pues no es su nivel, además de que contaminan el agua por no controlar esfínteres, son agresivas y podrían ocasionar un accidente en la fosa, tal vez podrían hundir a cualquiera de las otras jovencitas por entrar en pánico al no tocar piso (es una fosa de cinco metros de profundidad) y las demás personas se sentirían agraviadas con su presencia”. Aunque las mamás respondieron a cada uno de estos absurdos argumentos, el administrador siguió firme en su negativa (sólo les recuerdo que yo nado desde los ocho meses de edad).

Mi mamá, buscando que las cosas en el mundo no continuaran así, decidió poner una denuncia en el Conapred y en la Comisión Nacional de Derechos Humanos por discriminación contra un equipo con síndrome de Down. La respuesta fue inmediata, hubo visitas de ambas instituciones en presencia del administrador y, al final de un interesante y novedoso proceso anti-discriminación, vino la recomendación para el administrador con dos opciones: ser destituido de su puesto y de la posibilidad de un cargo público en los siguientes diez años o ser enviado a un curso de sensibilización en el Conapred, sólo que esta decisión estaba en las manos de mi mamá y ella pensó que la persona que nos había despreciado debía aprender con el trato y la convivencia lo que es el síndrome de Down, además de que el entrenamiento de nuestro equipo en Ceforma generaría la inclusión social. Y así fue como el señor Sabino Loredó se convirtió en una persona clave para la creación del primer equipo de nado sincronizado con síndrome de Down en el

mundo, uno de los más solidarios con este sueño y un gran promotor. Y de esta manera se creó la inclusión social en Ceforma; ahora practican equipos de nado regular con Valkirias Down, un equipo muy especial. De esta forma surgió el mundo de la inclusión social.

Esta experiencia de iniciar un sueño pese a lo que se creía que eran nuestras capacidades físicas, llamó la atención del Laboratorio de Neurobiología especializado en Síndrome de Down de la UNAM, dirigido por el doctor Octavio García, y después de una serie de entrevistas y estudios, los especialistas encontraron beneficios hasta ahora inusuales en nuestra condición, grandes beneficios para nuestra salud.

Los cambios físicos exteriores reportaron cambios en lo interior al estar entrenando este deporte. Los cambios notables fueron baja de peso, reforzamiento de vías respiratorias, desaparición del hipotono, notable elevación de la autoestima al vivir la inclusión social y una mejor y más clara expresión oral. El Laboratorio de Neurobiología nos invitó como expositores a su segundo Simposio sobre Síndrome de Down, que se llevó a cabo en septiembre de 2013, para exponer estos logros; fue una gran experiencia y motivo de orgullo para Valkirias Down. Aún nos encontramos en investigación sobre los beneficios que reporta la práctica del nado sincronizado. Y así se creó el mundo de las posibilidades.

Los otros

Aun en este momento de mi vida me llega el recuerdo de muchas voces que durante años pretendían decirme hasta dónde podía llegar, qué sería capaz o no de hacer. Cuando se refieren a mí de manera discriminato-

ria me dicen “mongol”, “retrasada”, “peligrosa”, incluso “discapacitada”. Ahora sé que no soy discapacitada, sólo soy una mujer con capacidades diferentes.

He desarrollado mis cualidades artísticas a través de la pintura, he montado exposiciones con gran éxito, algo que haría cualquier joven con capacidades regulares. He trabajado con constancia y disciplina y he obtenido mi grado de cinta negra en el karate; he practicado el nado sincronizado con dedicación, entrega y compromiso, y ahora me preparo para una exhibición olímpica; por último, ingresé a la Universidad Intercontinental (UIC), en un grupo especial, como parte de un proyecto llamado Creando Puentes, donde hay clases que buscan la inclusión. Algunas son con grupos de alumnos regulares y otras para desarrollar habilidades para el día a día, como ir al banco, realizar pagos, ir al súper, o habilidades de convivencia social, como ir al cine con compañeros de la universidad o incluso asistir a un “antro” con ellos (acompañados por profesores) para convivir en otros ambientes, y cada día me siento más integrada y menos especial.

Sin embargo, cuando se refieren a mí como una persona con capacidades diferentes, como una persona especial, hoy puedo decir que en realidad las especiales han sido las personas que están junto a mí.

Mi madre ha sido una mujer excepcional pues pese a escuchar fuertes voces de adversidad, de rechazo, de tristeza, de desesperanza, nunca se ha dado por vencida y ha tocado todas las puertas para abrirme nuevas posibilidades, ha abierto corazones de tanto ponerme y exponerme de manera incluyente en el mundo de las personas regulares. Ha sido la más grande soñadora pues es ella quien me ha visto en cada escenario que vamos conquistando y, así, me ha enseñado a soñar. Su fuerza

interior me ha llevado a rebasar mis capacidades, a llevarlas a un nivel superior, a desafiar aquello que parecía imposible para mí. Para una persona especial se necesita un amor especial.

Mi padre, un hombre amoroso, mi fan número uno, él ha sido un importante respaldo para mi mamá, y mi acompañante en muchos de mis sueños, incluso mi aliado. En el karate él también logró ser cinta negra, así de especial es mi papá. Le ha temblado la cartera con cada uno de mis sueños, sin embargo, valiente, ha invertido cada vez más en mí, más que dinero, su tiempo, su enorme corazón.

Mis hermanos, quienes amorosos me han dejado compartir un poco más a mamá, pues mis capacidades especiales han requerido más de su atención, a ellos les doy gracias por su acompañamiento, su inclusión, su amor. Ellos han sido suma de lo que ahora soy, por supuesto que también son especiales.

Mis amigos, amigas, entrenadoras, escuelas que durante mi vida se tomaron el riesgo de sumar pese a no conocer del todo en qué consistía mi condición. Hay muchos escalones de mi vida llenos de personas especiales.

Se dice que somos aquello que nos dicen que somos. Esto me lleva a reflexionar que mientras las personas crean más en sí mismas, estén más dispuestas a rebasar sus propias capacidades, llevar todo su ser a su máxima expresión, más fácil es que crean que todo es posible para personas como yo. Aun dentro de mis capacidades especiales, sería más fácil que, a partir de creer en sí mismas, crean en personas como yo. Al final todos y todas tenemos capacidades diferentes, todos y todas somos especiales, únicas, irrepetibles, irremplazables.

El momento es hoy

El mejor día de mi vida es hoy, el mejor momento es este instante. ¿Cuánto tiempo más tengo para el nado sincronizado? No lo sé. ¿Qué tanto tengo por hacer? Tampoco lo sé. Para mí sólo el practicar es apasionante, es importante en mi vida, es un gran motivo por el cual vivo. Tener un sueño es importante para vivir plenamente la vida.

Después de diversas presentaciones y de reconocer nuestras capacidades para desarrollar el nado sincronizado a un nivel de alto desempeño es que aparecieron las metas a mediano y largo plazos. En la búsqueda por participar en las olimpiadas especiales, nos encontramos con que no podía haber competencia si no había otros equipos con las mismas condiciones para competir. Así que surgieron más equipos de nado sincronizado derivados de este primer sueño. Y en la búsqueda del

mejor entrenamiento en el mundo para equipos de nado sincronizado de clase olímpica, fuimos a España con la señora Anna Tarrés, entrenadora que dirigía la selección española y que la llevó hasta el medallero olímpico en Beijing 2008 y Londres 2012, poniendo a esta



selección entre las tres mejores del mundo. La señora Tarrés recibió al equipo de Valkirias Down con todo el respeto que se le da a cualquier equipo, integrándonos al trabajo de un equipo formado por chicas de España, Italia, Holanda y Alemania. Trabajamos a la par de todas ellas. Las europeas nos trataron con respeto e incluso admiración, pues no sabían que existía un equipo en estas condiciones que realizara nado sincronizado.

El día de cierre del *camp*, yo, Mayra Luz, y Gloria, mi compañera del dueto de Valkirias Down, hicimos nuestra rutina frente a un público formado por gente de estos países, quienes nos brindaron aplausos de admiración y hasta lágrimas de emoción.

Hoy tengo un sueño porque he aprendido a creer en mí, porque muchas personas creen en mí; porque sé que mis capacidades sólo son un reto a superar cada día; porque así como ha habido discriminación, también hay personas que, desde su propia visión, me han dado inclusión; porque el mundo es algo que está cambiando constantemente y que, mientras más me incluya en él, más natural será la igualdad de posibilidades y mayor la aceptación de nuestras diferencias. Hoy tengo un sueño, mostrar al mundo que lo único especial que tienen nuestras capacidades especiales es lograr la mejor expresión de cada ser humano como un ser pleno, capaz de expresar amor, solidaridad y esperanza.

¿A dónde me visualizo en los próximos años? No lo sé, habría que preguntarle a mi mamá. Sólo te recuerdo que eso es precisamente lo que no puedo imaginar... pero lo que sí puedo hacer es entregarme al cien por ciento en cada instante cada día. Sé que nuestra próxima meta es ser seleccionadas nacionales como equipo de exhibición de nado sincronizado en el mundo y, ¿por qué no?, tal vez participar en alguna

competencia con otros equipos del mundo, por lo pronto en España, donde sembramos otra semilla de posibilidades para las niñas y mujeres con síndrome de Down.

Ahora otra vez a tocar puertas, abrir caminos, para que patrocinadores crean en un equipo así. A esta parte de mi vida la llamo “a picar piedra otra vez”, cada vez.

Al principio dije que no está en mis posibilidades escribir toda la historia de mi vida, como tampoco relatarla, pero si lo hiciera, tal vez lo habría dicho con más humor, pues me encanta sonreír.



Salvador Aguilera

Tan apasionado por el deporte como por el periodismo, siempre ha encontrado en un micrófono o en una redacción motivos suficientes para creer que no hay carrera más especial que la relacionada con narrar acontecimientos cotidianos.

Desde que empezó a leer periódicos se preguntó cómo lograban los reporteros conseguir tantos datos sobre un tema y publicar sus notas. La curiosidad lo llevó, desde niño, a incursionar en el apasionante mundo del periodismo.

Lo mejor que le ha pasado es tener la oportunidad de relatar lo que sucede en los más grandes escenarios deportivos y compartir sus experiencias con las nuevas generaciones, para hacerles ver que un periodista también compete, aunque sus triunfos no se transforman en aplausos y medallas, sino en el desarrollo de una responsabilidad social cuyo ejercicio es una invaluable contribución a nuestro país.

Es el actual director de *Esto*, el periódico deportivo con mayor tradición en México, tiene treinta años de experiencia en los medios de comunicación y ha viajado por todo el mundo, pero considera que nada de eso serviría de algo si no tuviera clara su misión más importante: ser mejor persona que profesionista.

Si bien el periodismo le ha dado todo lo que puede desear, vive preocupado por ver una sociedad cada día menos humana y piensa que los medios de comunicación han tenido parte de la responsabilidad, porque hasta en un partido infantil se exhibe la violencia.

Pese a todo, está convencido de que el fascinante mundo del deporte será siempre un gran escenario para el encuentro pacífico y respetuoso entre las personas.

Vencer a la discriminación, el gran reto del deporte

Salvador Aguilera

Cuando a cualquiera de nosotros nos nació el gusto por el deporte, tanto para practicarlo como para presenciarlo en algún escenario, nunca nos imaginamos que este sano camino, lleno de pasión, pudiera cruzarse con otro que va en sentido opuesto.

Todos, alguna vez, tuvimos nuestro primer encuentro con el deporte o fuimos simples espectadores de alguna competencia. Y a pesar del resultado que se haya dado, gozamos la experiencia porque el deporte siempre nos ha regalado momentos inolvidables.

Lo que nunca he entendido es en qué instante el deporte nos enseñó a discriminar, al grado de llegar a odiar al rival o al equipo contrario, como si humillar y ofender fuera el mejor resultado que se pudiera obtener. En qué momento, dentro de las diversas disciplinas que hay, nos marcaron esa tendencia en la que una rivalidad se convirtió en sinónimo de odio.

El deporte, que debiera ser cultura, ahora es el mejor trampolín para que yo me pueda burlar de ti y tú me odies más a mí. El deporte, que debiera arrastrar multitudes, ahora alimenta el deseo de insultar, agredir y hasta matar.

En qué momento el deporte me enseñó a cruzar la meta para decirte que tú eres negro y yo soy blanco, que yo soy alto y tú chaparro o yo un valiente y tú un cobarde, cuando en realidad debiera abrazarte y

quererte como a un hermano porque los dos desafiarnos una misma prueba. Pero en la tribuna ya hay reclamos, porque entre tu nacionalidad y la mía, entre tu equipo y el mío, los odios pueden más que una hermandad deportiva.

El espíritu competitivo cambió. Cuando al barón Pierre de Coubertin se le ocurrió decir que “lo importante no es ganar, sino competir”, cometió un inocente error. Es cierto, aplaudimos su frase, pero debería ver lo que ahora es una competencia, porque en la actualidad esa frase tendría que decir “si no ganas, mejor no compitas”. Porque hoy, el perdedor “no se la acaba”. Sí, hay quien todavía no lo quiere ver, pero el deporte se enfermó.

De avaricia.

De odios.

De revanchas.

De discriminación.

Atención, porque este cáncer puede ser fatal. Vemos siempre su crecimiento, y si pierdo, te odio más que ayer, y es muy posible entonces que mi frustración tenga un explosivo desahogo, porque si mi equipo perdió en goles, yo te puedo ganar a golpes. Eso sí, jamás te felicitaré porque fuiste mejor. Esa cultura se perdió. Ese público y esos deportistas, que aplaudían a su vencedor, son una especie en peligro de extinción.

No aceptarlo es no querer enfrentarse a un cambio de mentalidad que ya es necesario. Ahora resulta que los mexicanos podemos sentirnos orgullosos porque inventamos un grito homofóbico en los partidos de fútbol, que ya es muy popular cuando va a despejar un portero. Y entre más lleno esté el estadio, peor. Lo más grave es que ese mismo grito ya lo escuchamos también en torneos femeniles.

Pero nos parece divertido. Cada vez que hay un Mundial, llevamos ese grito con orgullo porque otras aficiones ya lo imitan, y el que no lo comprende de todas formas se divierte. Esos detalles, que para muchos parecen insignificantes, son los que van minando el terreno y calentando la cabeza de aquellos que toman el deporte como un pretexto para hacer estallar la violencia.

He visitado diferentes escenarios deportivos alrededor del mundo y creo que lo peor es ver encuentros a puertas cerradas de algún equipo castigado porque su público generó violencia o se presentaron actos de racismo. Pensamos que eso es más común en Europa, como el plátano que le lanzaron a Dani Alves, jugador del Barcelona, quien de manera espontánea y graciosa aprovechó el momento para comérselo y seguir jugando. Ni hablar de lo sucedido en múltiples ocasiones con el camerunés Samuel Eto'o. En México, ese tipo de actos ya se dieron, y desde hace tiempo, con futbolistas como Kléber, Baloy y, recientemente, Darwin Quintero.

Las campañas de “Di no al racismo” se han quedado muy cortas, porque no hay conciencia de las cosas, mucho menos reflexión. Nos hemos vuelto tan agresivos en los escenarios deportivos que el tono de la piel pareciera, de entrada, un indicativo de superioridad. Peor aún, necesito verte perder, verte llorar para finalmente poderte humillar. Ése parece ser el verdadero goce del fiel aficionado que no para de alentar, cuando realmente es repugnante su actitud.

¿A dónde vamos a parar? Una pelota no distingue colores, rueda igual para todos.

¡Juguemos!

Disfrutemos de una buena jugada.

De un gran gol o de un increíble punto.

Hagamos del deporte una fiesta, no un pretexto para ver diferencias entre culturas, razas o ideologías.

Que yo recuerde, nunca asistí a un escenario deportivo para ver quién es negro o quién es blanco; es difícil entender que el color de la piel me pueda decir más que disfrutar el deporte que voy a ver. Y si lanzo insultos desde la tribuna, lo más seguro es que mi hijo también lo haga algún día y no habré generado un aficionado más, sino un enemigo más para el deporte. Si Inglaterra frenó a los Hooligans, aquí podemos acabar con los vándalos que muestran sus colores, pero ocultan sus rostros.

Hoy, tristemente, debo advertir que el Juego Limpio está muy sucio... asqueroso. El deporte se ha visto perjudicado en todo sentido porque un resultado se volvió tan valioso que puede ser amañado, porque un voto significa tanto que puede ser comprado, porque un contrato es tan codiciado que puede ser sobrevaluado.

De las propias organizaciones deportivas como la FIFA, debieran salir los mejores ejemplos, pero de nada sirve que inventen un Himno al Juego Limpio, si ensucian la pelota, y ese mensaje le llega claro al aficionado que empieza a perder la confianza y la transparencia que debe existir en el deporte.

Hombres, mujeres y niños deben tener siempre acceso al deporte, como deportistas y como espectadores, pero en cada caso entender que el respeto es lo que nos debe guiar para ser grandes competidores y mejores aficionados.

Deporte no es sinónimo de violencia, pero pareciera que lo es, porque la violencia que vemos en la cancha se transmite de inmediato a la tribuna y llega a dar la impresión de que ése es el momento más esperado. Sólo nos faltaría aplaudir.

Quiero entender que cuando se habla de un “comportamiento deportivo”, nos llegan a la mente palabras como lealtad, honestidad, compromiso y respeto, entre otras. Pero cuando vemos que un jugador hace trampa, si bien hay enojos, también hay elogios. Es el deportista mismo el detonante de muchas cosas.

¿Cuántos no han ganado haciendo trampa? Prefiero omitir una serie de nombres, aunque sobre el tema me llegan a la mente momentos históricos; casos así existen de sobra. Es aquí cuando caigo en la reflexión.

¿Quién hizo tramposo al deportista?

¿Quién hizo violento al aficionado?

¿Será que el deporte mismo ya se convirtió en una extensión de los problemas sociales?

El deporte, que debiera ser un alivio para todo, ahora es un problema en el que ya no brillan los grandes jugadores sino los grandes conflictos: violencia, xenofobia, homofobia, discriminación, corrupción, las trampas, el engaño. Urge, realmente, salvar al deporte para tener mejores ciudadanos y gente más sana en todo sentido.

Desde luego que es sano practicar deporte, pero cuando se llega a un nivel de competencia, todo puede pasar, tanto adentro como afuera de una cancha. Sé de aficionados que se han alejado de los estadios, que han dejado de seguir a su deportista o a su equipo favorito.

Para colmo, ya no hay ídolos. Y cuando los hay, nos decepcionan. Faltan esos ejemplos a seguir, que nos motiven a imitarlos, a ser como ellos. Que por verlos en acción, nos despierten inquietud o nos llenen de emociones.

No es fácil ser alguien ejemplar, desde luego, yo tampoco lo soy. Si siendo periodista recibo críticas, qué será de ése que falló el punto clave,

el gol decisivo o que prefirió ser árbitro, juez, ampáyer o réferi y se echó a todo un estadio encima. ¿Lo vamos a odiar siempre? Tal vez sí.

Lo que nunca dejaré de hacer es agradecerle al deporte por haberme hecho mejor persona, llevarme por el mundo para conocer diferentes razas y culturas en los cinco continentes. Entender que todos somos iguales, pero que hay diferentes costumbres, que al final cada quien puede elegir un camino con distintos gustos y preferencias, respetables todos, aunque a veces difíciles de comprender.

Es lamentable la imagen de aquellas niñas iraníes que no pudieron jugar contra Jordania porque su uniforme infringía el reglamento, tenían que cubrirse el cabello y la FIFA no se los permitió.

A nadie podemos discriminar.

Debe existir respeto por todos, por las ideologías, las costumbres, pero si el deporte deja de ser un motivo de unión, como sucedió desde el principio cuando los aros olímpicos se unieron, creo que encontraremos en los mejores eventos deportivos el principal escenario para ganarte y humillarte, y si pierdo... tendré otro motivo para odiarte más.

Ojalá que el deporte no se convierta en ese infierno.



Elvira Hernández Carballido

Periodista y feminista, con una larga trayectoria y compromiso a favor de los derechos y la igualdad de género. Es la primera doctora en Ciencias Políticas y Sociales con orientación en Ciencias de la Comunicación por la UNAM. En 1991 formó parte de la primera generación del Programa Interdisciplinario de Estudios de la Mujer, en El Colegio de México.

Porta anteojos de armazón sirena para intentar observar la vida con mayor claridad. Usa minifalda y medias con figuras llamativas para celebrar la vida. No obstante, valora más sus manos, las mismas que siguen brincando con pasión e ilusión por el teclado de su computadora para compartir lo que piensa, en lo que cree y el mundo en el que le gustaría vivir.

Está absolutamente convencida de la utópica posibilidad de convertirse en otro modo de ser humano y libre, como dice Rosario Castellanos. Es de las que aman el fútbol, y ha celebrado goles con el alma, todo por herencia paterna.

Escribió en la revista *Fem* (1987-2006) y el suplemento *Doble Jornada* (1987-1996). Es columnista del periódico *El Independiente de Hidalgo* y de las revistas *Alas Mujeres* y *Expediente Ultra*. Produce el programa *Quinto poder, el poder de la comunicación* y es comentarista del noticiario de Radio Universidad de Hidalgo. Ha publicado once libros, entre los más recientes: *El género es el mensaje*, *Las que aman el fútbol* y otras que no tanto y *Fem: siempre entre nosotras*.

Investigadora nivel I en el Sistema Nacional de Investigadores, ha recibido reconocimientos como el Premio de Periodismo Rosario Castellanos, Medalla Alfonso Caso, Premio Docencia Universitaria y Medalla Omecihuatl por su trayectoria a favor de los derechos de las mujeres. Fue electa presidenta de la Asociación Mexicana de Investigadores de la Comunicación (AMIC) para el periodo 2015-2017.

Cuando las mujeres mexicanas juegan futbol

Elvira Hernández Carballido

Fue en el estado de Hidalgo donde por primera vez se jugó futbol en México, a principios del siglo xx. Debido a la riqueza de las minas, las empresas inglesas se instalaron en este territorio y fueron sus trabajadores quienes empezaron a jugar este deporte con los mineros de la región. Hasta la fecha existe una placa conmemorativa, en el estacionamiento público principal, donde se lee: “Real del Monte, Hidalgo, cuna del futbol soccer. En el año de 1900 en los patios de la mina de Dolores se llevó a cabo el primer partido de futbol”.

Dos años después, en 1902, se creó la primera Liga Mexicana de Football Amateur Association. Poco a poco fueron surgiendo equipos en la capital del país, que generaron aficionados leales, apasionados y festivos. De igual manera, en los estados hubo grandes escuadras como Pachuca, Guadalajara y Veracruz.

Aparecieron jugadores que se convirtieron en ídolos como Juan *El Trompo* Carreño, primer mexicano en anotar un gol en un Mundial de Futbol: Uruguay, 1930. Sin duda, debe mencionarse al portero Antonio *La Tota* Carbajal, llamado el “Cinco Copas”, ya que jugando para la selección mexicana estuvo en los mundiales de 1950, 1954, 1958, 1962 y 1966. Enrique Borja, gran goleador de los equipos Pumas de la Universidad y América. Destacó Hugo Sánchez, que jugó en España y obtuvo cinco veces el Trofeo Pichichi por ser el máximo anotador. Cuauhtémoc

Blanco, líder de la selección mexicana del siglo *xxi*. Rafael Márquez, Andrés Guardado y Javier *Chicharito* Hernández también han destacado en otros países.

Así, el fútbol se ha convertido en el deporte más popular en todo el planeta, generador de millonarias ganancias para las industrias culturales, provocador de la afición más apasionada, culpable de violentas barras, manipulador de masas, distractor de conciencias sociales: pasión y distracción, entretenimiento y unión.

Todo y nada: éso y más puede representar el fútbol. Lo cierto es que siempre es visto en todos los países; los partidos del Mundial son transmitidos por todas las televisoras que pagan sumas millonarias por los derechos y que, por igual, obtienen ganancias absolutas a través de la publicidad; se narra en todos los idiomas y se juega en todas las culturas. La Federación Internacional de Fútbol Asociación (FIFA) tiene registrados más países que la misma Organización de las Naciones Unidas (ONU).²

En el siglo *xxi* todavía se dice que el fútbol representa, como lo enfatizaba uno de los narradores más representativos de México, Ángel Fernández, “el juego del hombre”, pues se trata de un deporte que exige fuerza, osadía, masculinidad y hasta valentía; el fútbol ha sido considerado un escenario para los hombres. Se juega en terreno varonil, pertenece a los gustos masculinos, para practicarlo exige fuerza viril y puede ser considerado la representación del machismo o de la inspiración patriarcal, ya que las mujeres, lo femenino y hasta lo feminista parecen representar algo lejano y ajeno a todo este juego.

² Elvira Hernández Carballido, *Las que aman el fútbol y otras que no tanto*. México, Elementum, 2014, p. 10.

Las mujeres, como en todos los deportes y como en otros escenarios sociales, culturales o artísticos, hemos llegado tarde o después, pero llegamos, invadimos, conquistamos y nos ganamos el espacio. Así, poco a poco empezaron a aparecer las aficionadas, las comentaristas, las especialistas, las detractoras, las jugadoras, las entrenadoras y hasta las árbitras. Y, en México, hay una historia de las mujeres y el futbol, una historia llena de retos y triunfos, de necedades y derrotas, de exclusión pero también de desafíos constantes.

La primera selección femenina y después... el olvido

Agosto de 1971, México es sede del II Campeonato Mundial de Futbol Femenil. Solamente cinco equipos se enfrentaron: Argentina, Dinamarca, Italia, Francia y México. Las jugadoras mexicanas realizaron un extraordinario papel pues lograron el subcampeonato.

Portería: Yolanda Ramírez y Elvira Aracen. Defensa: Irma Chávez, Martha Coronado, Bertha Orduña, Paula Pérez y Lupita Tovar (capitana). Media cancha: Elsa Huerta, Alicia *Pelé* Vargas y Patricia Hernández. Delantera: Silvia Zaragoza, María Eugenia *Peque* Rubio, Eréndira Rangel, Sandra Tapia, Teresa Aguilar, Lourdes de la Rosa y María Hernández.

¿Quién las recuerda? Casi nadie, además de que la misma FIFA desconoció ese campeonato y no está registrado en sus fuentes oficiales; durante la misma época la sociedad mexicana no las recibió con aceptación. *Esto*, el periódico deportivo más reconocido en México, publicó:

Indudablemente, de no haber sido por ellas, por su entusiasmo para practicar un deporte que no está hecho para las características físicas de la mujer, la gigantesca promoción realizada para convertir un brillante negocio el Campeonato Mundial de Futbol Femenil, hubiese fracasado. Sería necio negar que lo primero fue morbo y curiosidad, convirtiéndose por obra y magia de la verdad del esfuerzo, del entusiasmo y el deseo de vencer, en un interés colosal que obligó a meditar seriamente en lo que puede ser el futbol femenino en nuestro medio. Creo sinceramente que el futbol es un deporte hecho por y para varones. Que la reciedumbre y el choque que caracterizan esta actividad deportiva no van con las características orgánicas y fisiológicas de la mujer. A las damas les costará trabajo llegar a dominar la técnica, aspecto fundamental del futbol, de la misma manera que no les será posible poseer los reflejos y la elasticidad que se requiere para una tarea en la que el esfuerzo y derroches físicos son fundamentales. Pero creo que el futbol femenino tiene un futuro que será brillante como espectáculo si saben sus dirigentes aprovechar lo que de entusiasmo e interés ha provocado.³

Los periodistas las calificaban como fenómenos, como extrañas en un deporte hecho por y para hombres, así como dignas de entretener pero incapaces de poseer un cuerpo que ponga a prueba su fuerza y habilidades; los empresarios las vieron como un buen negocio donde todas las ganancias fueron para ellos. Cabe señalar que a ninguna se le remuneró su desempeño en la cancha.

³ Ignacio Matus, "Ese fenómeno llamado futbol femenino", en *Esto*, México, 12 de septiembre, 1971, p. 3.

En los mismos medios se ventiló el debate que surgió cuando ellas declararon que no habían recibido ningún tipo de pago ni apoyo económico, aunque las localidades en el Estadio Azteca se agotaron varias veces, más los derechos de transmisión por televisión así como los anuncios publicitarios antes, durante y después de cada partido.

La entrada en taquilla, al menos en cada uno de los juegos de la selección femenil nacional, fue de tres millones ochocientos cincuenta y siete mil doscientos setenta pesos. Para sumar un aproximado de 20 millones de pesos. De eso, ¿cuánto les correspondió a las niñas nacionales que fueron la piedra de toque para este éxito económico, espectacular y deportivo? La respuesta fue: el aplauso.⁴

Si bien los periodistas advirtieron esa situación, finalmente las culparon a ellas de haber vivido un momento difícil, no se les pagó ningún partido pero, además, no supieron exigir mejores condiciones:

Pidieron lana, no se las dieron, abandonaron el entrenamiento, hicieron un mitote y en vez de mantenerse firmes en la actitud adoptada se quebraron en la hora cero y fueron a la cancha a jugar fuera de forma y además, gratis... llegarán a la conclusión de que un aplauso vale más que dos millones.⁵

⁴ Maritza Carreño Martínez, *Futbol femenino en México, 1969-1971*. México, 2004. Tesis, UNAM, Facultad de Ciencias Políticas y Sociales, p. 190.

⁵ Manuel Seyde, "Se quebraron...", en *Excelsior*, México, 6 de septiembre, 1971, p. 1D.

Al mismo tiempo, las futbolistas enfrentaron prejuicios y duras críticas, por lo que continuamente necesitaban justificarse ante el público. Alicia Vargas comentó en una entrevista: “Podemos hacer una muy buena jugada como una muy buena comida”.⁶ Reiteradamente necesitaban insistir en que el futbol era como cualquier otro deporte y que no era antifemenino ni se volvían “machorras” por hacerlo, pero los medios de comunicación, en su gran mayoría, siempre se expresaron con reserva de la actuación de las futbolistas:

Respetamos y aplaudimos el esfuerzo que hacen las chamacas que capitanea Lupita Tovar, pero no hay que trasponer ciertos límites. A pesar de las hazañas de la peque Rubio, seguimos pensando que el futbol es uno de los deportes que no va con la condición de la mujer, que al realizar un movimiento brusco dejan de lado lo femenino.⁷

Al sondear lo que ha sido de estas futbolistas en este siglo XXI, casi 45 años después, poco se sabe de sus vidas. Por ejemplo, Alicia Vargas, que fue considerada mundialmente una de las cinco mejores jugadoras de futbol en el siglo XX, era entrenadora en una delegación del Distrito Federal, con un sueldo modesto pero todavía apasionada del deporte. Mujer de cinco décadas, su figura y rasgos la hacían representar menor edad, sin duda debido a que todavía se dedicaba al deporte.

⁶ Elina Hernández Carballido, “Inicios del futbol femenino, entre patadas y glorias”, en *Fem*, México, abril-mayo, 1995, núm. 146, p. 46.

⁷ Ignacio Matus, “Ese fenómeno llamado futbol femenino”, *op. cit.*, p. 3.

Marigol y las herencias futboleras con pases femeninos

Fue hasta 1991 cuando la FIFA reconoció oficialmente el futbol femenino y se jugó lo que se llama el primer Mundial de Futbol para mujeres. La experiencia de las mujeres mexicanas no fue buena, la falta de apoyo se reflejó en los resultados, nuevamente debido a cuestiones de discriminación, de estereotipos, mitos y el sexismo latente en los funcionarios que dirigen este deporte. Así es como una de las jugadoras más destacadas que participó en ese primer Mundial, Andrea Rodebaugh, recordaba:

Nos daban el uniforme de los hombres, venía en el cuello el nombre del jugador y podíamos ver de quién era, nos quedaban enormes. La preparación en el campo no fue la adecuada porque pensaban que nos íbamos a lesionar, pero lo que pasó es que no estábamos preparadas para competir al nivel que se requería. Dormíamos muchas en una sola habitación, nos daba coraje, pero nos ilusionaba estar en el Mundial.⁸

Desde esa primera selección, ya formal, destacó Maribel Domínguez, *Marigol* (1978), originaria de una familia humilde y con nueve hermanos, uno de los cuales se dedicó a jugar como delantero en el futbol *amateur*. Descrita como una niña de temple inquebrantable que cada tarde salía a jugar a la calle, aunque en ese espacio libre y abierto empezó a notar que parecía no ser un lugar para una pequeña futbolista:

⁸ Adrianelly Hernández Vega, *El futbol femenino: un negocio imposible*. México, 2014. Tesis, UNAM, Facultad de Ciencias Políticas y Sociales, p. 23.

Cuando me conocieron los chavos, y te juro que lo tengo bien claro en mi cabeza, no me tomaban en cuenta. Pero agarré mi fama, y era de meter goles y festejarlos. Recuerdo que un día mi hermano mandó la pelota al aire y le metí un gol de chilena a él mismo, a quien me había enseñado. No me importó lastimarme. Fue un golazo y hasta hoy lo recuerdo... y se lo canto a mi hermano cada vez que puedo.⁹

En cada entrevista, Marigol repite que se obligaba a sí misma a jugar como hombre para que la aceptaran, pero era mujer y tuvo que jugar en un equipo femenino. Fue ahí donde la eligieron para formar parte de la selección nacional y empezó a destacar, segura de que las “mexicanas jugamos con el corazón”. Fue así como luego jugó en ligas profesionales de Estados Unidos y España. Su prestigio puede quedar muy bien ejemplificado con esta anécdota que ella misma compartió:

Tenía enfrente de mí al mejor del mundo, Ronaldiño, y no sabía qué decirle. Me acerqué a él para sacarle algo positivo. No me abalancé, sino que platiqué con él. Ya no era yo una chica de pueblo, era Marigol en el Barcelona. Hablábamos de experiencias. De pronto él me dijo: “Yo te conozco. Cada que llega el periódico a mi casa, me entero de que metiste 3 goles para el Barça femenino”. Y bueno, tú te quedas así como ¡guauuu! Ronaldiño sabe de mí. ¿Quién iba a pensarlo, no?¹⁰

⁹ S. Flores Guevara, “Mi vida en gol. Emoción, entrega y pasión en la cancha”, en *Las que aman el fútbol y otras que no tanto*, op. cit., pp. 175-185.

¹⁰ *Ibid.*, p. 184.

En 2004 Maribel Domínguez tomó una decisión que nuevamente demostraría que el futbol mexicano no está preparado para incluir a las mujeres. Ella quiso registrarse en el equipo varonil del Celaya. Claudia Pedraza enumera las reacciones:

Recuerdo haber escuchado ese grito de “jugar como nenas” en otra ocasión, no con las mismas palabras, pero sí con ese matiz, cuando Marigol quiso jugar en un equipo de hombres. Lo escuché de Manuel Lapuente, entonces director técnico del América, quien dijo que él no era misógino ni mucho menos, pero desde pequeño me enseñaron que a la mujer no se le toca ni con el pensamiento. A mí, si me tocara en una jugada, la voy a dejar pasar, porque soy un caballero. Lo escuché de Cuauhtémoc Blanco cuando le recomendó que estuviera lista “porque las patadas van a estar muy fuertes”. Y lo escuché de Joseph Blatter, presidente de la FIFA, cuando le ordenó que jugara en ligas femeniles porque no estaban reglamentados los equipos mixtos “y eso que a mí me encantan las mujeres”. Léase, mujer, frágil, para ser protegida por el hombre; bella, que le encante a los hombres, pero no futbolista.¹¹

En 2013 Maribel Domínguez llegó a la Universidad Autónoma del Estado de Hidalgo para hacer campeonas al equipo Garzas Femenil, y en el mes de junio participó en las elecciones de 2015 como suplente de una candidata a diputada por el Partido Acción Nacional. Pero no ha dejado el futbol. Entre las jóvenes que ahora entrenan con ella des-

¹¹ Claudia Pedraza, “Jugar como nena”, en *Las que aman el futbol y otras que no tanto*, op. cit., pp. 56-65.

tacan Estefanía *Fanny* Sánchez, Paola *Pao* Monroy y Ana Rodríguez, a quien curiosamente sus compañeras le han puesto el apodo de *La Messi* mexicana.

Durante el partido, Ana Rodríguez demostró por qué la apodaron con el nombre de uno de los jugadores más importantes del mundo; aunque su posición natural es mediocampista, jugó como portera y desde su lugar salía con el balón entre los pies, lo escondía, lo levantaba, realizaba algunas gambetas y después lo pasaba a sus compañeras, no sin antes haber burlado a una chica del equipo contrario. Muchos espectadores comentaban que no veían diferencia al comparar la calidad de su juego, con el de los hombres. Dejaron notar que el suyo es un conjunto y bastante relajado. Se siente su emoción por el deporte, se nota su disciplina, su amor por él, y que realmente las hace felices. Aunque todavía también hay muchos que piensan lo contrario, las futbolistas expresan feminidad y le dan cierto “toque” al soccer.¹²

Así es como en México las mujeres futbolistas todavía insisten y persisten en este deporte, oscilando entre la indiferencia y su necesidad, entre los espacios ganados y los que todavía faltan por ganar, entre el reconocimiento y la exclusión.

Apenas en 2007 en México inició la liga femenil de futbol: un siglo de diferencia la separa de la masculina. Ninguna futbolista gana los millones que un jugador hombre puede obtener, los partidos no son

¹² Eva Becerril Cruz, “El toque femenino en el futbol”, en *Las que aman el futbol y otras que no tanto*, op. cit., pp. 216-221.

transmitidos, en contadas ocasiones se difunden algunos juegos de la selección femenil mexicana e incluso en las narraciones de los cronistas, el discurso utilizado por ellos vuelve a discriminarlas o excluirlas:

Cuando no son nombradas como hombres, se recurre a nominarlas con base en ideas estereotipadas de feminidad. Es común, por ejemplo, que se les aluda con los conceptos de señora o señorita, una distinción que resulta innecesaria e irrelevante en las transmisiones. Se resalta la belleza como una cualidad femenina. Se califica su actuación de buena estableciéndola desde una relación con el deportista varonil. Los despejes largos y la fuerza impresionante se presentan como elementos ajenos a las jugadoras. Se califica al fútbol femenil no con parámetros deportivos sino en función de la actuación de los campeones. El referente masculino es el que define la calidad, las mujeres que no juegan como hombres, no juegan bien.¹³

Por ello, es destacable la declaración reciente de la entrenadora mexicana Andrea Rodebaugh:

No jugamos como hombres ni podemos ni queremos jugar como hombres porque no lo somos. Lo que siempre hemos querido es tener las mismas oportunidades. Sin matices de distinción. Así tendría que jugarse, y no sólo en el fútbol, sino en todos los ámbitos del espacio público.¹⁴

¹³ Claudia Pedraza, "Jugar como nena", *op. cit.*, p. 60.

¹⁴ *Ibid.*, p. 64.

“El juego del hombre” y la perspectiva de género

Feministas e investigadoras mexicanas también han estudiado el deporte y la presencia femenina en este escenario. Así es como, al referirse al tema mujeres/fútbol, coinciden en sus análisis que siempre amenaza una fórmula patriarcal, la exclusión/discriminación, si bien las mismas protagonistas insisten en crear el binomio de inclusión/igualdad. Un ejemplo de ello es el libro *Las que aman el fútbol y otras que no tanto*, donde 27 plumas escribieron sobre ese deporte. Algunas para evocarlo, otras para acentuar que este deporte matizó las relaciones con sus padres, otras para rechazarlo y algunas más para advertir su papel manipulador de masas o sexista, donde la exclusión ha estado latente.

Así es como en este libro una de las autoras, Guadalupe López García, destaca las líneas de investigación de las mujeres en el deporte y advierte que el tema de la exclusión es la premisa de la que parten dichos estudios. El deporte es calificado como un coto masculino, pese a que la historia ha demostrado la presencia femenina en distintas pruebas y épocas. Pero el sistema patriarcal siempre termina por hacerlas invisibles, anormales, fenómenos, casos curiosos, débiles por naturaleza, por lo tanto incompetentes para la fuerza que exige el ámbito deportivo:

Uno de los principales argumentos para esa separación de los discursos biologicistas centrados en la resistencia, fuerza muscular y velocidad que se requieren para competir en distintos tipos de deporte. El lema de las olimpiadas modernas “Más rápido, más alto, más fuerte” lo dice todo. El discurso para excluir a las mujeres del deporte es el sexo, no

tienen la misma estructura ósea, muscular y fisiológica (la menstruación, el embarazo, la lactancia y la menopausia) para practicar deportes de “alto rendimiento”. Desde el género este concepto de alto rendimiento y el de competitividad se consideran atributos masculinos. De Coubertin lo había advertido: “Una olimpiada femenina sería poco práctica, aburrida, anti estética e incorrecta”. Siempre se teme a su presunta “masculinización”.¹⁵

Por su parte, Hortensia Moreno —crítica e irónica— describe a las chicas futbolistas como “testarudas, insistentes, necias como ellas solas” porque intentan vencer la adversidad, tanto en el campo de juego como en la vida, pero advierte que todavía el reto es enorme:

La hostilidad que viven las niñas en las canchas de futbol en México no es galante ni se disfraza de camaradería, es vil y vulgar sexismo, es una estrategia de expulsión mediante la cual el establecimiento deportivo señala con violencia explícita que las mujeres no son bien recibidas en el campo. Tendrán que aceptar esa normatividad tácita y tragarse sus lágrimas, porque aquí no se viene a llorar. La situación de estas chiquillas es doblemente opresiva: por una parte, sufren por ser mujeres y por otra parte sufren por ser ambiguas, por exhibir atributos de los que los varones se quieren apropiar en exclusividad. Porque si las mujeres participan de la fuerza, la rapidez, la habilidad, la precisión; si cultivan sus cuerpos como máquinas guerreras, si logran enfrentarse y oponerse

¹⁵ Guadalupe López García, “Futbol profesional y medios en México: una mirada feminista”, en *Las que aman el futbol y otras que no tanto*, op. cit., p. 196.

y vencer al enemigo en la propia lógica de la construcción de la masculinidad, entonces la supremacía postulada queda en entredicho. El “sexo fuerte” se equipara con el débil. Y algo muy profundo y muy caro se derrumba. Algo se pierde. Por eso hay que agredir y expulsar a las niñas, a las “viejas” como nos llaman en México. Por eso hay que prohibir que se asomen siquiera; que invadan, que usurpen, que contaminen el campo. Hay que insultarlas por dos motivos: por femeninas y por masculinas.¹⁶

Especialista en deporte y género, la investigadora advierte que la existencia de una rama deportiva femenil es una “graciosa concesión” y la califica como una versión encogida y atrofiada, sin ninguna posibilidad de equipararse con la masculina. El fútbol llanero, el popular, es tan varonil como el profesional. “Ganaron”, advierte Moreno:

Ganaron porque la exclusión de las mujeres del campo deportivo es algo que desborda las reglas del juego en cuestión. No es el fútbol el que excluye a las mujeres; no hay ninguna razón en su estructura que impida la participación de cuerpos femeninos en la cancha. No ocurre, como se imaginaron los positivistas, que la feminidad constituye una condición irregular, deficitaria, incompleta de lo humano. Para jugar fútbol solamente hace falta piernas y paciencia. Esto lo sabe Marigol, pero no los administradores de las ligas de fútbol profesional.¹⁷

¹⁶ Hortensia Moreno, “Fútbol para Eugenia”, en *Las que aman el fútbol y otras que no tanto*, *op. cit.*, p. 21.

¹⁷ *Ibid.*, p. 24.

La autora denuncia que las transmisiones de futbol en el mundo dedican un cinco por ciento de tiempo aire a las mujeres. Si bien la FIFA ya permite la existencia de ligas femeninas, el total de jugadores hombres es de 25 millones, mientras que el de mujeres es de 995 000, es decir, 9.82 por ciento. Hay una jugadora mujer por cada diez hombres futbolistas. México está entre los cinco países que más están apoyando el futbol de mujeres, después de China, India, Alemania y Brasil. Con motivo del 8 de marzo, en el año de 2014, la FIFA declaró:

El futbol en particular, ha desempeñado un importante papel en la emancipación de las mujeres desde el principio. En este sentido, el futbol femenino tiene una dimensión social más fuerte que el masculino; y tanto las futbolistas como las espectadoras entablan una relación diferente con su deporte. Esto no rebaja el futbol femenino a la categoría de mera competición deportiva, al contrario, lo realza.¹⁸

Sin embargo, en este año de 2015, mientras funcionarios y entrenadores declaran con optimismo que el futbol de las mujeres va en aumento, y va en aumento, esas mismas mujeres que anotan goles pocas veces son admiradas por las multitudes porque sus partidos no son transmitidos. Esas mismas mujeres siguen siendo calificadas de raras y anormales porque han atentado contra la exclusividad masculina del balompié en todo el mundo. Hasta la fecha parece que la masculinidad y la feminidad

¹⁸ FIFA, “265 millones juegan fútbol en todo el mundo” [en línea], en *Big Count de FIFA*, <<http://es.fifa.com/worldfootball/bigcount/>>. [Consulta: 23 de enero, 2015.]

siguen contendiendo por la cancha de juego. Pero, desde una mirada optimista, puede decirse:

Cuando lo masculino es el referente y permea los espacios, la discriminación se ve como algo natural, por eso diseccionar el futbol desde el feminismo y desde la perspectiva de género, permite develarlo, denunciarlo y apostar por la transformación hacia la equidad y la inclusión. Sin duda, gracias al tesón de grupos de mujeres, se ha transitado de la discriminación total al inicio del reconocimiento. Poco a poco, las mujeres han abierto espacios y enfrentado las resistencias que su presencia genera en este deporte de hegemonía masculina.¹⁹

Reflexiones finales

Preguntarse por qué y cómo las mujeres se vuelven invisibles, ausentes o descalificadas en el deporte, cuando se han ganado un lugar como deportistas en el pasado y presente, ha dado por resultado una importante discusión sobre la utilidad del género como categoría de análisis. Y aunque *género* intenta romper con las representaciones tradicionales y convencionales, esencialistas y universalistas de las relaciones de poder entre las mujeres y los hombres, es preciso reconocer la falta de univocidad del término. Si bien es una categoría básica en las investigaciones feministas, el concepto encierra una gran complejidad, pues entre

¹⁹ Mercedes Charles, "Dictamen", en *Las que aman el futbol y otras que no tanto*, op. cit., 4ª de forros.

más pasa el tiempo, más especialistas lo replantean, lo critican o lo rechazan para crear una nueva definición.

Pese a tal panorama, la categoría es básica porque rompe con las representaciones tradicionales, basadas en la biología, de las relaciones entre hombres y mujeres. También porque amplía nuestros conocimientos acerca de las relaciones de poder entre hombres y mujeres, y de las mujeres mismas. Y porque ajusta la teoría feminista a ciertos cánones de la legitimidad académica.

A mi juicio, es importante utilizar la categoría *género* porque, como dijo Joan Scott,²⁰ representa un elemento constitutivo de las relaciones sociales basadas en las diferencias que distinguen a los sexos y es una forma primaria de las relaciones significantes de poder entre éstos. En su construcción influyen cuatro elementos muy relacionados:

- Los símbolos y mitos, entendidos como las representaciones que crean opiniones sexistas, estereotipos o un deber ser.
- Los conceptos normativos, esas creencias que hacen suponer que los mitos son productos de consensos sociales.
- Las nociones políticas y referencias a las instituciones y organizaciones sociales, las cuales influyen en la construcción de género.
- La identidad subjetiva, para reconocer y detectar la manera en que se determina, integra, cuestiona, rechaza, asume o critica cada personalidad en un rol genérico.

²⁰ Joan Scott, "El género: una categoría útil para el análisis histórico", en Marta Lamas (comp.), *El género. La construcción cultural de la diferencia sexual*. México, UNAM, Programa Universitario de Estudios de Género, 2000.

Género permite analizar cómo se construye y reproduce la diferencia sexual, sobre las cuotas de poder que se adscriben a cada uno de los géneros y cómo se interrelacionan entre sí. Por ello, considero que, al tomar en cuenta los elementos propuestos por Scott, es posible subrayar la exclusión de las mujeres futbolistas pero, al mismo tiempo, tener la certeza de que su identidad subjetiva puede provocar su inclusión en este deporte. Dichos elementos se esbozan en el siguiente cuadro:

ELEMENTOS	CASO DEL FUTBOL	EXCLUSIÓN	INCLUSIÓN
MITOS	• Es antifemenino. • Pueden jugar pero también cocinar bien. • Son “machorras”. • Su fisiología no les permite tener técnica ni reflejos. • Son niñas, chamacas, señoritas, señoras que corren el riesgo de masculinizarse.	• En gran medida siguen siendo determinantes para dejar fuera a las mujeres del deporte, de su reconocimiento y de su difusión.	• Se ignoran o desconocen esas expresiones y por iniciativa propia se demuestra que este escenario deportivo también es de ellas.
CONSENSO SOCIAL	• Provocan morbo y curiosidad. • Es un espectáculo, no un deporte. • Pueden dar un toque femenino al futbol. • Su cuerpo no está preparado física y anatómicamente.	• Debilita la confianza, la certeza, la seguridad de que las mujeres pueden practicar el deporte.	• Por iniciativa propia, las mujeres fortalecen su confianza jugando y demostrando su habilidad en la cancha.

ELEMENTOS	CASO DEL FUTBOL	EXCLUSIÓN	INCLUSIÓN
CONSENSO SOCIAL	• Oscilan “peligrosamente” entre femenino y masculino.		
INSTITUCIONES	• Familia. Apoyo. El padre y los hermanos. Pero después no son aceptadas y reconocidas por el otro. • Escuela. Se divide el deporte, fuerte para niños, frágil para niñas. • Medios de comunicación. No las aceptan como futbolistas, primero son mujeres.	• Deja fuera a las mujeres, se insiste en que no pertenecen a ese espacio, no son reconocidas, no son futbolistas. • Siguen siendo calificadas como personas intrusas, invasoras o transgresoras en un espacio que por naturaleza se pretende calificar como ajeno y extraño para ellas.	• Provocan sus propias expectativas, convencen con su propio juego de sus significaciones y sentido de vida, encontrando aliados/aliadas que fortalecen su intento de superación.

ELEMENTOS	CASO DEL FUTBOL	EXCLUSIÓN	INCLUSIÓN
SUBJETIVIDAD	• Se integran a los juegos de los niños. • Buscan destacar y meter goles. • Enfrentan a los empresarios que no les pagan. • Les ilusiona competir y ganar. • Les da coraje que las hagan menos. • Reconocimiento de un par.	• Ausencia de afecto y reconocimiento, de pago o de apoyo. Se plantea una historia que no se puede ni se debe revertir. Se les mantiene al margen del modo de vida habitual de quien es considerado un futbolista.	• “Testarudas, insistentes, necias como ellas solas”, fortalecen e integran afectividad, confianza, identidad, autoestima, seguras de revertir la historia, acompañadas entre ellas.



Ramón Abulón Hernández

Todavía en la década de 1940, el colorido puerto de Alvarado, Veracruz, no sabía que se convertiría en la cuna de uno de los mejores segunda base que pisara los parques del beisbol nacional y un luchador incansable por los derechos de los trabajadores.

Como buen veracruzano, el *Abulón* nació en día de fiesta, el 31 de diciembre de 1944. El último de once hermanos, desde pequeño mostró gran capacidad e interés por los deportes, por lo que practicó futbol y voleibol, pero el beisbol se convertiría en su gran pasión, que lo llevó a los libros de récords de este juego, con hazañas que tardaron décadas en ser superadas.

El *Abulón* se destacó como beisbolista en el equipo de los Diablos Rojos. Fue en 1980 cuando *El Capi*, como le llamaba la porra Roja, cambió el guante y el bat por el grito de lucha en favor de la justicia, convirtiéndose en presidente de la Asociación Nacional de Beisbolistas (Anabe), organización que se convertiría en uno de los primeros sindicatos deportivos.

Apasionado de la música cubana y percusionista nato, brinda la misma calidad de espectáculo dentro del diamante que en una pista de baile. Es un aficionado a la buena comida y la buena lectura, y aunque su gesto serio no lo revele, también es un amante de los animales.

A pesar de que por muchos años se ha debatido y negado su ingreso al Salón de la Fama, su calidad humana y su ética intachable lo han colocado en un salón más grande, en el del corazón de la afición mexicana.

Violencia y discriminación en el deporte

Ramón Abulón Hernández

Los actos de violencia y discriminación que en últimas fechas se están dando sobre todo en el fútbol, deben encender los focos rojos para buscar medidas preventivas que puedan evitar que estos dos males, que hoy aquejan a la sociedad en su conjunto, se extiendan a otros deportes.

Estos actos violentos y discriminatorios están siendo cometidos tanto por los aficionados como por los jugadores, principalmente en contra de futbolistas de origen afroamericano, que ven sus derechos humanos violentados.

Nos debe preocupar porque la violencia no se está generando de afuera hacia adentro de los estadios como anteriormente acontecía, cuando eventualmente se llegaba a dar algún brote; por el contrario, se está activando de adentro hacia afuera, dando como resultado que la sociedad se vea más afectada.

Afortunadamente para nosotros, durante los veintidós años que incursionamos en el beisbol profesional jamás nos tocó presenciar el menor intento de discriminación ni de parte de los aficionados, ni de los jugadores nativos en contra de los jugadores afroamericanos que llegaban a reforzar los equipos en los cuales nos tocó militar.

Siempre nos esmerábamos para que se sintieran en confianza, pues de ello dependía en gran parte su rendimiento en el terreno de juego y, por ende, un mejor funcionamiento del equipo. En México, los jugado-

res afrodescendientes siempre han sido muy bien arropados y en muchas ocasiones la gente los convierte en sus ídolos antes de que pisen siquiera el campo.

Muchos aficionados veracruzanos de antaño deben recordar el espectacular desempeño del cubano Martín Dihigo —a quien llamaban *El Maestro*, por sus grandes cualidades como lanzador—, a su llegada al Puerto de Veracruz para vestir la franela del glorioso equipo Águila. Pero no nada más fue Martín, también llegaron Lázaro Salazar y Ramón Bragaña, entre otras grandes estrellas antillanas, quienes junto a los norteamericanos jugaban en las Ligas Negras de los Estados Unidos, sin tener acceso a las Mayores por el problema de la segregación racial. De haber recibido la oportunidad, hubieran brillado en ese beisbol considerado el mejor del mundo así como brillaron, por su gran calidad, en la Liga Mexicana de los años cuarentas.

Eran otros tiempos, todo era paz, tranquilidad y recreación familiar sana en los eventos deportivos. Hoy, sin embargo, la enorme desigualdad y la pérdida de valores han provocado un cambio brusco en la sociedad: los fuertes y poderosos tratan de humillar a los débiles. Esta situación se da en todos los ámbitos de la sociedad: en la educación, la cultura, la religión, el trabajo, la política... siempre el más fuerte tratando de imponer su poderío ante los más débiles, sin importar las consecuencias.

Durante las más de dos décadas que militamos en el beisbol profesional, tuvimos la oportunidad de convivir con grandes jugadores y excelentes seres humanos de diferentes nacionalidades: estadounidenses, puertorriqueños, venezolanos, dominicanos, cubanos, colombianos, y siempre lo hicimos en un ambiente de cordialidad y respeto mutuo.

Casos de discriminación de beisbolistas por causas de su ideología política, religión o preferencia sexual hasta el momento no se ha presentado ninguno, gracias a que los directivos de los equipos han sabido ser respetuosos en ese aspecto. En el beisbol no tienen nada que ver las preferencias sexuales de la persona, lo que verdaderamente interesa es que posea las facultades, el talento y la misma actitud que muestran los heterosexuales para tener el derecho a ser contratados, para ejercer libremente su profesión sin riesgo de ser discriminados, porque hacerlo sería una violación a los derechos humanos del aspirante.

Por otro lado, los deportistas son muy discretos y prefieren no dar a conocer sus preferencias sexuales, tal por vez por temor al rechazo de sus compañeros, de los aficionados o de sus propios familiares. Es notable que en Estados Unidos ya ha habido deportistas profesionales que se han declarado *gays* y no han sido discriminados por ello, al contrario, les han reconocido su valentía por haberlo hecho público.

El beisbol se suma a otros deportes donde las mujeres pueden participar a nivel profesional, pues se ven algunas muestras de lo que son capaces de lograr si comienzan a prepararse a una edad temprana, tal como lo hacen los hombres. La mejor muestra de ello es la niña de 12 años de edad, Kayla Roncin, que era la jugadora estrella del equipo de Toms River, Nueva Jersey, y que participó en la Serie Mundial de Beisbol de las Pequeñas Ligas realizada en 2014 en South Williamsport, Pensilvania, en la que el equipo de niños representativo de Corea del Sur se coronó campeón.

Para llevar a cabo su preparación, su papá puso a disposición de Kayla un instructor de bateo y otro de pitcheo, además de que en su casa le tiene instalado un túnel de bateo, con máquina de lanzar y lomita para tirar hacia *home*... Después de cada partido, Kayla

batea unas cien pelotas para en seguida lanzar por espacio de diez minutos; un entrenamiento profesional que requiere de muy buena condición física y gran gusto para llevarlo a cabo. Todo este trabajo que realiza la niña, aunado al talento que mostró, la hicieron convertirse en la principal atracción de la Serie, que reunió a numerosos aficionados. En lo personal, lo que más nos impresionó de Kayla fue la manera como disfruta el beisbol, concentrada al máximo en lo que está haciendo, como si fuera un jugador de Grandes Ligas.

El *manager* del equipo, Pete Avallone, declaró que Kayla no es tratada como una niña sino como un peloterito más y que, para su edad, ha mostrado mucha madurez para asimilarlo. Tal vez Kayla no vaya a ser para las mujeres lo que Jackie Robinson fue para los afroamericanos en este deporte, pero no hay que perder de vista que empieza a tener las herramientas necesarias para intentarlo.

Ahora bien, si lo que se pretende es erradicar la violencia y la discriminación existentes, es preciso buscar los caminos adecuados que conduzcan hacia una sociedad más igualitaria, en la que podamos convivir de manera respetuosa, aceptándonos con nuestras virtudes y defectos, sin distinción de características físicas, raza, preferencia sexual y otros. Es ahí donde el deporte puede desempeñar un papel primordial porque tiene la gran virtud de reunir diferentes culturas, entrelazarlas y hacerlas convivir en un ambiente de paz y de una cordialidad casi familiar, pues quienes hemos practicado el deporte de conjunto, sobre todo a nivel profesional, sabemos que a menudo convivimos más con nuestros compañeros de equipo que con nuestras familias.

Por estas razones consideramos que el deporte debería ser un conducto fundamental en la lucha por la erradicación de la violencia y la

discriminación; pero poco o casi nada se ha hecho por intentarlo, al contrario, da la impresión de que se está de acuerdo en que estas dos situaciones sigan prevaleciendo.

Erradicar estos padecimientos será una tarea difícil porque ambos son producto de la descomposición que sufre la sociedad en que vivimos. Aunque reza el refrán que no puede haber peor lucha que la que no se hace.



Paola Espinosa Sánchez

Con más de veinte años de trayectoria en clavados y como deportista de alto rendimiento, es la mejor clavadista de México. Posee dos medallas olímpicas, bronce en Beijing 2008 y plata en Londres 2012. Es campeona centroamericana, panamericana, primera campeona mundial individual y campeona mundial universitaria. Ha sido tres veces ganadora del Premio Nacional del Deporte.

Sus padres impartían clases de natación y nado sincronizado, por lo que prácticamente se crió en una alberca. Comenzó a practicar clavados cuando tenía cinco años de edad. Su mejor puntuación en la plataforma de 10 metros fue al conseguir la medalla de oro en el Campeonato Mundial Fina de Roma 2009, al acumular 428.25 puntos y obtener calificaciones de 10.

Durante largo tiempo fue la única mujer en el mundo en ejecutar las tres y media vueltas de holandés, un clavado que requiere de mucha fuerza.

El deporte de alto rendimiento le absorbe gran parte de su tiempo y ha sido el centro de su vida. En abril de 2013 creó la Fundación Paola Espinosa, con los objetivos de combatir el problema del sobrepeso y el *bullying* entre la población escolar infantil del país. El lema es “Juega limpio, actívale ya”.

Dependiendo de sus competencias, en las mañanas asiste a la Universidad Anáhuac Sur, donde estudia la licenciatura en Comunicación. En sus tiempos libres procura descansar, pasar momentos con su familia, que es lo que más disfruta, al igual que ir al cine o saborear una buena comida. Es fan de los platillos mexicanos.

NO a la discriminación en el deporte

Paola Espinosa Sánchez

Por ser hiperactiva, desde pequeña mis padres me inculcaron el deporte. Mi papá era nadador y solíamos ver juntos en la televisión los Juegos Olímpicos. Recuerdo mucho los de Barcelona 1992, donde me llamaron la atención los clavados. Aunque los doctores recomendaron medicarme para disminuir mi hiperactividad, mis papás decidieron encauzar mi energía hacia algo positivo, a la práctica de la actividad física. Después de probar varios deportes, para cansarme, llegué a los clavados. Desde mi primer salto, de la mano de mi hermana, disfruté las mariposas que se sienten en el estómago al tirarte de los trampolines o de la plataforma.

Desde ese momento soñé con una medalla olímpica y supe que no importaría lo que tuviera que vivir, bueno o malo, para alcanzar mi objetivo. Hoy lo he logrado, al conseguir dos medallas olímpicas (bronce en Beijing 2008 y plata en Londres 2012).

Poca gente sabe los momentos cotidianos por los que pasa un deportista de alto rendimiento, desde sus inicios hasta cuando alcanza ese resultado por el que ha luchado toda una vida. Pocas personas conocen los obstáculos que una atleta encuentra en el camino, entre ellos el rechazo o la discriminación; así como el racismo, la xenofobia, la homofobia y el sexismo, diferentes formas de violencia social que se llegan a observar en el deporte.

Conductas que al principio resultan incomprensibles, en ocasiones piedras que parecen bloquear tu camino, pero que al final te ayudan a forjar el carácter, experiencias que te ayudan a enfrentar un “no” y cambiarlo por un “sí”. Cuando decidí dejar a mi familia, nadie me dijo a lo que me enfrentaría por conseguir ese sueño; lo único que quería era hacer clavados, disfrutar mi deporte y, algún día, hacer un clavado perfecto.

Aunque nació en la Ciudad de México, mis papás nos llevaron a vivir a La Paz, Baja California Sur. Un día, me preguntaron si quería irme al Comité Olímpico Mexicano a una escuela de clavados, de nuevos talentos. Les dije que sí, sin pensar en ese momento que me separaría de mi familia, que estaría sola siendo todavía una niña, que no tendría ese apapacho en los momentos difíciles, cuando te enfermas, cuando te golpeas en un clavado, cuando simplemente no has tenido el mejor de tus días.

Cuando creíamos que todo iba a ser fácil y que jugaríamos haciendo clavados, comenzaron los obstáculos. Los de mayor edad y experiencia nos rechazaban cada que podían en los entrenamientos, en los viajes e incluso en competencias como los Juegos Olímpicos.

Los clavados fueron por muchos años un deporte en el que sobresalieron solamente hombres. Las mujeres tenían participación pero muy pocos nombres eran los que habían logrado un resultado internacional de relevancia. Por mi talento, aunque era juvenil, me comenzaron a llevar a competencias internacionales, donde tenía mejores resultados que las clavadistas de primera fuerza de esa época, a las que parecía estaba “prohibido” ganarles. Pero lo único a lo que yo me dedicaba era a disfrutar mi deporte y los resultados se daban poco a poco.

La marginación también se daba dentro del equipo; cuando ganaba mi lugar en selectivos, por decisión de entrenadores que veían afectados sus

intereses me lo quitaban para dárselo a otra persona. No sé si por la edad, por ser mujer o por envidia; desconozco el motivo por el cual se presentaban esos rechazos, tristemente, al interior de la propia selección nacional.

Mis primeros Juegos Olímpicos, en Atenas 2004, éstos que me ilusionaban desde niña, no fueron lo que yo pensaba o deseaba. Antes de la competencia, nos cambiaron de entrenador por problemas personales que tuvo con una de las integrantes del equipo, en donde fui víctima a pesar de no tener nada que ver con sus acciones. Decidieron que el lugar lo ocupara un entrenador que anteriormente nos había rechazado. Antes de viajar, practicando un clavado caí mal de la plataforma, me perdí en el aire y me desvanecí al entrar al agua, no reaccionaba mi cuerpo e incluso mis compañeros tuvieron que entrar a sacarme. Recuerdo que el traje de baño lo tenía pegado y con sangre por el golpe. Sucedió justo antes de ir a Atenas, por lo que necesitaba de un entrenador que me ayudara a perder el miedo, subirme nuevamente a la plataforma y tirar ese clavado. Por desgracia, no conté con ese apoyo y lo tuve que enfrentar sola. En plenos Juegos Olímpicos, durante mi competencia, el entrenador se fue porque yo le había ganado a su alumna; entonces, un compañero me ayudó a sacar la competencia. A pesar de esos obstáculos y siendo la más pequeña de la delegación mexicana, logré ser finalista en las cuatro pruebas en las que participé.

Para 2006 llegó la entrenadora Ma Jin a México, gracias al convenio de colaboración con China que hizo en ese entonces la Comisión Nacional del Deporte (Conade), dirigida por el profesor Nelson Vargas. Al principio, la comunicación fue muy difícil, por el idioma, las costumbres, pero también por la resistencia y rechazo que existía entre los entrenadores mexicanos ante la llegada de una extranjera.

A pesar de las críticas y los bloqueos, con el tiempo logramos en los clavados resultados históricos para la mujer. Mientras en 2006 querían regresar a Ma Jin a China —cuando pensé incluso en el retiro o irme a China con ella porque no concebía lo que estaba pasando—, para 2007 conseguimos demostrarles que nuestro trabajo podía rendir frutos memorables.

De esta forma logré ser multicampeona en los Juegos Panamericanos de Río de Janeiro y, en 2008, otorgar a mi país la primera medalla olímpica en clavados sincronizados femenino al ganar bronce en la plataforma de 10 metros en Beijing, donde también tuve el honor de ser la abanderada de la delegación mexicana, ir al frente de todos mis compañeros y disfrutar del grito de “México, México” y cantar el “Cielito lindo” al dar la vuelta olímpica al estadio.

En 2009, juntas continuamos dando buenos resultados para las mujeres en el deporte al conseguir la medalla de oro en el Campeonato Mundial de Natación Fina de Roma, donde fui la mejor en la plataforma de 10 metros, otro resultado histórico al superar por amplio margen y con clavados de “10” a la representante de China. En ese Mundial mi entrenadora también superó a quien fuera su mentora cuando era clavadista.

A pesar de haber demostrado que era la mejor del mundo, cuando piensas que tus resultados te harán el camino más fácil y que vendrá el reconocimiento de la gente que se supone debería apoyarte, no fue así. Luego de ganarle a la exponente de China, al año siguiente, a uno de los clavados más importantes que tengo en mi lista, las tres y media vueltas de holandés —que en ese entonces éramos solamente una o dos mujeres que lo practicábamos en el mundo, ya que requiere de mucha

fuerza y generalmente sólo lo ejecutan los hombres—, decidieron bajarle el grado de dificultad, algo que me dio mucho coraje e impotencia, ya que no lo consideré justo, pero nadie hizo nada por reclamar o cambiar la decisión internacional.

A pesar de eso, continué en los clavados porque mis metas eran conseguir más resultados y seguir siendo la “primera mujer mexicana en”, lo cual sucedió en los Juegos Centroamericanos y del Caribe de Mayagüez, cuando por fin gané medalla de oro; en los Juegos Panamericanos de Guadalajara 2011 obtuve tres oros y una plata, y en Londres 2012 conseguí mi segunda medalla olímpica, ahora de plata, en la plataforma de 10 metros en clavados sincronizados.

En esos Juegos Olímpicos de Inglaterra tiré la prueba con Alejandra Orozco, quien en ese entonces tenía 15 años. Lo que hice con ella fue ayudarla a que viviera de la mejor manera su primera Olimpiada, a que juntas nos comunicáramos en la plataforma y que buscáramos el mejor resultado para nosotras y nuestro país. Salto a salto se consiguió esa medalla de plata. En lo personal, me dejó la satisfacción de saber que, si bien a mí me hicieron el camino difícil los que eran mayores que yo en ese entonces, intenté que los que vienen atrás de mí tuvieran la mejor experiencia.

Ese cambio de mentalidad también lo aplico a diario en mis entrenamientos. En el equipo existen varios niños y niñas que van de los 9 a los 15 años; los he visto crecer y lo que hago es darles consejos y ayudarlos en lo que está a mi alcance, porque no quiero que sufran el mismo rechazo o marginación que padecí en mis inicios al llegar a la selección nacional de primera fuerza. Cuando yo era juvenil, poca gente creía en mí, pero siempre confié en lo que podíamos hacer juntas Alejandra y yo,

por lo que agradezco que, en su momento, el ingeniero Kiril Todorov, presidente de la Federación Mexicana de Natación, me haya escuchado y haya decidido mantener esta pareja para Londres.

Considero que es muy importante la cultura de la igualdad, el respeto a los derechos humanos y fundamentales de todas las personas. Por eso la trascendencia de modificar los hábitos y las formas de relacionarnos con otras personas. Por eso mi contribución a evitar hacer lo mismo que me hicieron a mí cuando era “nueva” en los clavados, con lo cual busco revertir la discriminación en mi deporte y, cada vez que me es posible, crear conciencia social al respecto, cambiarle el “chip” a las nuevas generaciones.

Es importante que la gente se dé cuenta que la discriminación puede causar graves daños a las personas, por lo que es trascendente promover una cultura de paz y respeto en todos los sectores de la sociedad; una convivencia social de tolerancia e inclusión. Es importante combatir y algún día borrar la discriminación, el odio y los estigmas, no sólo en el deporte, sino en todos los sectores de la sociedad; decir no a cualquier conducta social violenta.

En lo personal, también agradezco la brecha que abrieron mujeres exitosas en el deporte como Soraya Jiménez, la primera campeona olímpica en halterofilia, o Ana Guevara, primera campeona mundial y subcampeona olímpica en los 400 metros planos. Asimismo, me siento orgullosa de compartir mi generación con otra mujer que es ejemplo en su deporte, María del Rosario Espinoza, también doble medallista olímpica en taekwondo (oro en Beijing 2008 y bronce en Londres 2012).

Combatir la discriminación no sólo en mi deporte sino en la sociedad, ha sido una de mis preocupaciones como mexicana. Por eso, dentro

de la fundación que decidí impulsar después de los Juegos Olímpicos de Londres 2012, para retribuir algo de lo mucho que me ha dado mi país, decidí combatir la obesidad, el sobrepeso y el *bullying*.

El *bullying* es una problemática de violencia social que muchas veces es causada por la discriminación; además del rechazo que sufren los niños con problemas de obesidad y sobrepeso. De ahí mi interés por fomentar hábitos saludables, por buscar que los niños, antes de ver el deporte como una obligación en sus clases, se enamoren del ejercicio, se enamoren de la práctica de cualquier actividad física.

En mis pláticas busco que los niños entiendan que el respeto y la sana convivencia son vitales; que es muy importante respetar las diferencias, no agredir o descalificar a tu compañero, de la misma forma en que nosotros los deportistas no lo hacemos con nuestro adversario, teniendo siempre como bandera el juego limpio o *fair play*.

Creo que los deportistas podemos aportar nuestro granito de arena, rompiendo el molde del pasado, no repitiendo las agresiones de las que fuimos víctimas y que, aunque nos hicieron más fuertes, no deben existir dentro del deporte ni en cualquier otro sector. El respeto es parte de la educación, de lo que se aprende en casa; desde ahí empieza la prevención de estos problemas, que se convierten después en bolas de nieve incontrolables, como lo es ahora el *bullying* o cualquier tipo de agresión física, verbal o psicológica.

Gracias al Consejo Nacional para Prevenir la Discriminación (Conapred) por la oportunidad de compartir estas experiencias personales y formar parte de tan valioso documento. Al dar testimonio no de los problemas, sino de las acciones de cambio, se puede contrarrestar esta y cualquier otra adversidad social.



Mónica Lavín

La más faulera



PLAZA & JANÉS

Andrea es una adolescente apasionada por el basketbol, todo está subordinado al deporte: la escuela, la familia, los amigos, su novio. Pero tiene un gran problema: comete demasiados faules y con frecuencia es expulsada de los partidos. ¿Cómo descubre que la pasión por el deporte puede tener consecuencias?

Mónica Lavín, quien ha publicado cuentos y novelas, y recibió el premio Osvien de literatura, entrega ahora una novela y alocada y alocada narración para jóvenes en la que lo importante es descubrir que la vida puede ser más divertida si se vive con serenidad y alegría.



ISBN 968-11-0254-1

9 789681 102541

Mónica Lavín

Novelista, cuentista, ensayista, curiosa de nacimiento, chilanga para más señas, contemporánea de los primeros vuelos de jet en 1955 y amante de la música clásica, el *blues*, el *rock* y el flamenco, estudió Biología en la Universidad Autónoma Metropolitana, pero sus asombros encontraron mejor campo en la narrativa y el periodismo.

Creyó que siempre iba a ser cuentista porque el Premio Nacional de Literatura Gilberto Owen, que ganó en 1997 por *Ruby Tuesday no ha muerto*, pareció subrayarlo, pero un manojo de preguntas la llevó a la novela. En 2001 recibió el galardón Narrativa de Colima para obra publicada por *Café cortado* y en 2010 el Premio Iberoamericano de Novela Elena Poniatowska por *Yo, la peor*, su primera novela de corte histórico.

Nunca ha dejado de visitar el cuento desde su primer libro en 1986, *Cuentos de desencuentro*, hasta *Manual para enamorarse*, de 2014, publicado en México y en España. Su gusto por el arte, el cine y la conversación la ha llevado a incursionar como guionista de Canal Once, columnista de *El Universal*, conductora de radio, televisión, talleres de narrativa y profesora en la Escuela de Escritores de la Sociedad General de Escritores de México (Sogem).

Hoy, es profesora-investigadora en la Academia de Creación Literaria de la Universidad Autónoma de la Ciudad de México (UACM) y pertenece al Sistema Nacional de Creadores.

Vive en Coyoacán, tiene dos hijas, una es diseñadora y otra, antropóloga. Le gusta el café en taza roja por las mañanas, las ostras frescas y un buen vino, caminar y disfrutar los afectos entre viajes y libros.

El básquetbol no es para las niñas bonitas

Mónica Lavín

Las mujeres llegamos tarde a todo, y aún no acabamos de llegar. Pertenecer a un equipo de básquetbol en la universidad era cosa rara, mientras que los hombres repartían su afición entre el fútbol y el básquet. Las mujeres éramos apenas un puñado de entusiastas que logramos un equipo con poca banca. No me puedo quejar, pues por lo menos la Universidad Autónoma Metropolitana (UAM) desde su estreno le había dado un espacio al deporte y al deporte para mujeres. Una universidad no puede funcionar de otra manera; debe ser incluyente. Las cosas han cambiado, las mujeres juegan fútbol y es parte de la decisión que pueden tomar cuando los deportes en equipo les gustan. Hay fútbol olímpico. El básquetbol femenino en Estados Unidos pertenece desde 1996 a una liga profesional: la Women's National Basketball Association (WNBA). Incluso, un día pude ver en el escaparate de una tienda de juguetes en Nueva York, una Barbie vestida de basquetbolista. Lo de las Barbies podría parecer una frivolidad y tal vez lo sea, pero desde que Mattel lanzó la muñeca en 1959, de alguna manera ha ido retratando las opciones de las mujeres (también ha influido en los enfermizos y peligrosos deseos de delgadez); las azafatas del comienzo de la era del jet se han convertido en astronautas o *rockstars*.

Ser basquetbolista en mis años universitarios iba aparejado de una sospecha: las que conformaban los equipos eran marimachas, hombrunas

y hasta lesbianas (una palabra que en los años setenta se pronunciaba con pudor). Algo estaba muy claro, pisábamos terreno masculino. Porque las niñas bonitas no corren a todo vapor para encestar, no enfrentan a matanzos de balón a la contrincante, no se enfurecen, hacen faules, gritan al árbitro, mascullan por lo bajo, antes de saltar al “dos”, alguna palabrota, vocabulario de carretonero. Las niñas bonitas se cuidan las uñas, usan tacones, medias, no quieren comprarse unos *converse* a toda costa, cuando ni siquiera los vendían aquí y era preciso encargarlos con vehemencia a quien iba al otro lado de la frontera. “De bota”, los “Chuck Taylor”. Los que sirven para que los tobillos no se falseen. Sí, había que romper la barrera del prejuicio. Podías ser jugadora de básquet y no perder los atributos femeninos. Podías gozar de las estrategias del deporte ráfaga, como le llaman, y emocionarte cuando dabas o recibías un pase maestro, justo a tiempo y en el lugar para el enceste, y querer ponerte aretes en las fiestas, coquetear con los del equipo varonil y desear que te sacaran a bailar en las fiestas. La propia acción que nombro, delata que los tiempos han cambiado: “Sacarte a bailar”, como si ser mujer fuera un asunto de encierro que necesitara la voluntad masculina. Así fue mucho tiempo. Así lo sigue siendo en muchos estratos. Pero por lo menos se puede nombrar la circunstancia. No se me tilde de discurso feminista. Pero soy mujer y fui basquetbolista, hablo desde la cancha en que me ha tocado jugar.

No se trataba de defender la femineidad a ultranza, sino la diversidad. Un equipo es un pequeño universo y, claro, en ese universo puede haber mujeres cuyas preferencias sexuales sean las mujeres. Como pasa en las oficinas, las aulas, la calle. Sólo que en un universo apretado y tradicionalmente territorio de hombres puede ser más visible. Otro prejuicio común era que había que cuidarse en los vestidores. Los padres recomendaban

eso. Alejar las miradas lascivas de las compañeras. Lograban meterle miedo a uno. Y sí, uno podía identificar a las chicas que no se interesaban en los hombres, pero no por eso eran acosadoras. La diversidad de preferencias y de procedencias y de maneras no era tema aún. La norma era la heterosexualidad y lo demás estaba mal visto. Imagino cuánto habrán sufrido algunas de las chicas no sólo del básquetbol, sino de la universidad, ocultando sus gustos. Incluso dentro del equipo, cuando reconocíamos una “verdadera machorra” entre las contrincantes o alguna nueva que entraba a jugar, empleábamos la palabra por lo bajo, de alguna manera la censurábamos protegiéndonos así del estigma. Luego la camaradería y las propias virtudes de la jugadora bajaban nuestra armadura. Un equipo es una célula sólida, se parece a la familia, debe ser a prueba de ataques, solidaridad sobre todas las cosas. Por eso el deporte forma en la tolerancia y la convivencia. La cancha es el microcosmos de las formas.

Todo esto porque, además de los prejuicios que en realidad eran maneras discriminatorias de ver a las mujeres, viví en carne propia una experiencia que fue el sustento para escribir una novela para adolescentes que se llama *La más faulera*. Mi dedicación al básquetbol, que había empezado tenuemente en la secundaria, era tal en la universidad que cuando terminé la licenciatura lo que más sentí es la orfandad del equipo que había acompañado mis días: los entrenamientos semanales tempraneros, los partidos, la formación de la primera selección de la UAM, ser capitana de la misma, jugar en los nacionales. Se me acabó también el grupo de gente con el que, en realidad, sólo tenía en común el deporte, y era suficiente. Se me acabaron las palabras que eran moneda de intercambio entre nosotros. Todo esto para decir cuánto me gustaba y ocupaba, de tal manera que la escritura de esa noveleta me llevó de nuevo a la cancha. Y

a la cancha de la violencia, de una experiencia que pudo haberme marcado también en lo físico, pero que por la manera en que se esbozó fue suficiente para dejar una cala. Curioso cómo la escritura surge de repente de esas marcas indelebles de la experiencia y tienen la oportunidad de salir a la luz, de revisitarse.

Durante un partido en el que jugábamos la UAM Xochimilco contra algún equipo, cuya procedencia no recuerdo, en el gimnasio que está sobre avenida Tlalpan, en Lorenzo Boturini, hubo un incidente. Al hacer un “dos”, ese salto donde el balón es arrojado al aire en medio de las contrincantes para que lo lancen hacia el equipo, no sé qué suerte de movimiento hice, fuerte y decidido, como tiene que ser, que mi codo se estrelló en los dientes de una jugadora rival. No lo había notado hasta que el árbitro silbó y las del otro equipo se arrodillaron al piso buscando algo. Buscaban un diente. Y yo era la causante de esa pérdida y esa acción. Nos unimos a la tarea después de que yo pidiera disculpas a la agraviada. Pero la pesquisa no podía prolongarse y el árbitro indicó que debíamos continuar. En el medio tiempo fui a la banca contraria a disculparme de nuevo frente a todas y a decir que si podía ayudar en algo, que estaba dispuesta a ello. Seguramente me estaba refiriendo a la parte económica, seguramente ellas miraban mis tenis nuevos y estaban pensando que les venía a restregar en la cara que yo tenía más dinero que ellas. Que mi familia podía pagar un nuevo diente. Tal vez ese acercamiento incluso fue torpe cuando yo pensé que era honorable, el caso es que cuando terminamos el partido —¿ganamos?, no lo recuerdo— y me dirigía al baño, una de mis compañeras que salía de allí me advirtió: “No vayas, te están esperando para pegarte”. En ese instante corrimos todas hacia el camión de la universidad que nos llevaría de regreso. Mi corazón retumbaba advirtiendo

los instantes providenciales que me separaban de una tunda donde me hubieran pateado, tirado los dientes y quién sabe qué tanto como turba enardecida. Por eso *La más faulera* encara el momento de entrar al baño, el de la vulnerabilidad, la ingenuidad y la violencia que revierte esa inocencia. En todo el episodio más que ira por el accidente de juego, que había sido eso, ni siquiera el árbitro marcó *faul*, había resentimiento. Una discriminación a la inversa. Aunque la UAM era una universidad pública, la clase media y media acomodada también estudiaba en ella. Había sido una opción nueva interesante para los jóvenes preparatorianos de la Ciudad de México. Esa mirada donde tener escasos recursos parecía colocarte del lado de los buenos y tener algunos privilegios del lado de los malos, desbordó hasta el concurso al que había metido *La más faulera*, inicialmente como un cuento: “Por un diente”. Supe que había estado entre los finalistas y que una de las razones por las que no quedó es porque el cuento estaba contado desde alguien de cierta clase social, que aquella historia no pegaría entre las multitudes que necesitaban libros y para quienes estaba diseñada la publicación ganadora de la Feria Internacional del Libro Infantil y Juvenil (FILIJ). En “Por un diente” había una evidente alusión a la discriminación pero al revés. Fue extraño conocer estas razones, pero no desmoralizador. Al contrario, el cuento creció a novela y para mi fortuna los lectores jóvenes la mantienen viva... sobre la cancha dando la batalla, porque en los gimnasios, campos, diamantes, toda vez que hay un equipo que compite contra otro, no sólo las habilidades y resoluciones se ponen en juego, todo el bagaje social y ético está a prueba. Eso no deja de asombrarme. Son microcosmos donde aprender la diferencia y el respeto. No me cabe la menor duda. Yo estuve allí.



Jacobo Dayán A.

Ágil, inventivo, ingenioso, de ironía elegante e incisivo, sabe desentrañar la historia para revelarnos la importancia de la recuperación histórica y así poder entender nuestra realidad y proyectarla al futuro.

Nació en la Ciudad de México y cursó su carrera en el Instituto Tecnológico de Estudios Superiores de Monterrey. Es especialista en derechos humanos y analista internacional. De 2007 a 2013 fue director de contenidos del Museo Memoria y Tolerancia de la Ciudad de México.

Es invitado frecuentemente como conferencista y analista tanto en México como en el extranjero. También se desempeña como coordinador de mesas de diálogo, conferencias y mesas de discusión de temas históricos y políticos, así como de diversas publicaciones.

Como hombre inquieto, está siempre en la búsqueda de nuevos retos y nunca satisfecho. Es un apasionado del cine no comercial, el teatro, la ópera y la música clásica. Gran admirador de las obras de Bertolt Brecht, Anton Bruckner, Stanley Kubrick y Werner Herzog.

Uno de sus grandes placeres es tomarse un café cargado y sin azúcar acompañado de un buen libro, una grata compañía o una plática acalorada. Fue jugador de beisbol por más de treinta años y es gran aficionado del Cruz Azul y McLaren en la Fórmula 1.

Homofobia normalizada en el futbol mexicano

Jacobo Dayán A.

Muy modernos nos sentimos cuando revisamos la historia y nos enfrentamos a la violencia y segregación que se perpetró contra personas por muy diversos motivos: religiosos, origen étnico, color de piel, género, preferencias u orientaciones sexuales y un larguísimo etcétera. Pensamos que son formas superadas por el mundo global y que sólo se dan en sociedades atrasadas. No creemos que la discriminación esté tan cerca, no imaginamos que pueda ser justificada, no aceptaríamos ser parte de ella. Pues no es del pasado, se da en todos lados y en cualquier momento y estamos inmersos en ella. La discriminación suele adoptar formas sofisticadas y refinadas que se mezclan con elementos culturales que la envuelven y normalizan.

Junio 2014, mientras las noticias relevantes en los medios eran la renuncia en Michoacán del gobernador Fausto Vallejo, las discusiones sobre la reforma energética, la coronación de Felipe VI en España y otras muy sensibles en materia de derechos humanos, como la crisis por el flujo migratorio de menores y los ya recurrentes actos de violencia en el país, un tema acaparó la atención de la sociedad, líderes de opinión, periodistas y columnistas en un lapso muy corto.

Gracias a la gran atención que genera el Mundial de Futbol, en unos cuantos días decenas de columnas de opinión y programas de radio y televisión abordaron un tema viejo que se reeditaba, pero ahora a nivel

global. Se trataba del grito que la afición mexicana lanzaba durante el Mundial a los porteros rivales. El “Eeeee puto” hizo su aparición internacional después de años de haber sido práctica común dentro de nuestro fútbol. Poca atención generó mientras se trataba de algo socialmente aceptado y del ámbito local; cuando se puso frente a la lupa del Mundial y de una posible sanción a la Selección Mexicana, fue tema de conversación generalizado.

El peso que tiene el fútbol como fenómeno cultural y mediático es enorme. Son muy frecuentes las escenas de violencia dentro y fuera de los estadios, las aficiones utilizan estos espacios como descarga social. En palabras de Eduardo Galeano:

El fanático llega al estadio envuelto en la bandera del club, la cara pintada con los colores de la adorada camiseta, erizado de objetos estridentes y contundentes, y ya por el camino viene armando mucho ruido y mucho lío. Nunca viene solo. Metido en la barra brava, peligroso ciempiés, el humillado se hace humillante y da miedo el miedoso. La omnipotencia del domingo conjura la vida obediente del resto de la semana, la cama sin deseo, el empleo sin vocación o el ningún empleo: liberado por un día, el fanático tiene mucho que vengar.²¹

Las autoridades que regulan el fútbol han tenido mucho cuidado y han sido contundentes en detener las manifestaciones de racismo, nacionalismo y antisemitismo que suelen irrumpir durante los partidos. Encontramos gran respaldo social y mediático a campañas contra estas

²¹ Eduardo Galeano, “El fanático”, en *El fútbol a sol y sombra*. Madrid, Siglo XXI, 2010, p. 8.

manifestaciones de odio como lo fueron “Todos somos simios”, las sanciones a jugadores por realizar saludos neonazis, gritos racistas y todo tipo de expresiones ultranacionalistas. ¿Por qué contra la homofobia no hay este respaldo? Por lo recogido en las columnas y en la discusión pública queda claro que este tipo de discriminación está arraigado, no se comprende y continúa generando mucha controversia.

De hecho, en los casos de gritos “simioscos” desde la tribuna o sanciones por racismo a jugadores no hay discusión, nadie argumenta que se exagera o que es puritanismo, existe gran apoyo y difusión a campañas como #TodosSomosSimios o #TodosSomosMacacos, que tuvieron gran alcance en los casos de Dani Alves y Ronaldinho. Los medios de comunicación se suman a estas campañas tomando una posición clara contra el racismo.

En los casos de antisemitismo y ultranacionalismo son varios los jugadores que han sido sancionados fuertemente por estas manifestaciones, incluso dejando fuera del Mundial a algunos de ellos como sucedió con el croata Josip Šimunić y, anteriormente, Nicolás Anelka en la liga francesa y Luis Suárez en la inglesa. El caso más reciente se dio en el partido entre Serbia y Kosovo en el que una bandera de la Gran Albania generó una tremenda bronca en el estadio y entre los jugadores, se suspendió el partido y el escándalo tuvo repercusiones políticas y judiciales.

En el caso de la homofobia, la opinión pública se encuentra en buena medida dividida, y algunos comentaristas deportivos siguen bromeando durante los partidos con el tema y llaman a este grito de distintas maneras: “el saludo de la afición” o “el grito de susto”, y lo refuerzan con frases como: “es un juego de hombres”, “entrada viril”, “no es un

juego de niñas”, entre muchísimas otras. Dentro de las redes sociales, se presta a múltiples formas de perpetuar los estereotipos y prejuicios donde la creatividad no tiene límites. El lenguaje con el que se describe el deporte está cargado de estereotipos, frases con fuertes prejuicios sociales, racistas y clasistas, donde los apodos de los deportistas hacen referencia a todo ello.

Las justificaciones y razonamientos en torno al grito fueron muchos y muy diversos: “*Puto* significa muchas cosas”, “se hace por diversión, no manifiesta homofobia”, “siempre se ha hecho”, “la FIFA no tiene autoridad moral para castigar”... Más preocupantes resultaron estas justificaciones, ya que muestran la normalización de una homofobia estructural. Si no fuera ofensivo, nadie lo gritaría. Es evidente que la afición lanza este grito como parte de su disfrute, pero el problema es lo que representa. Ni el uso frecuente ni las mayorías legitiman, ni se justifica esta manifestación descalificando a la Federación Internacional de Fútbol Asociación (FIFA), ni menos aún se puede justificar el grito como ejercicio de la libertad de expresión. Mención aparte requieren los comentarios que, en aras de defender, enarbolan otros estereotipos. Se pretende blindar el folclor y lo “mexicano” como propio de “las masas” y no de la gente “educada y con recursos económicos”.

Durante el partido de fútbol entre las selecciones femeniles de México y Colombia en los Juegos Centroamericanos y del Caribe, Veracruz 2014, la afición gritaba a la portera colombiana “Eeeee puta”. El partido fue suspendido durante tres minutos después de que el sonido local advirtió en un par de ocasiones que el juego se detendría si el grito se repetía. ¿Nos quedamos tranquilos pensando que es folclor, diversión o expresión popular?

Los argumentos a favor del grito dejan en claro lo poco que se conoce sobre la discriminación, las formas de justificarla y lo arraigada que se encuentra la homofobia en la sociedad. Es un ejemplo más de homofobia normalizada en la sociedad y en los medios; no cuenta con el rechazo como lo tiene el racismo. Al parecer, la homofobia sigue siendo vista como problema del lenguaje, corrección política, buenos modales, parte inofensiva del folclor, la idiosincrasia y la diversión. Una muestra de la aceptación social del término es el video que se viralizó después de la eliminación de México del Mundial. Se trata de la canción donde una adolescente le canta a los holandeses “Eeeee puto” por habernos eliminado o los casos de padres y madres orgullosas de sus hijos o hijas que repiten el grito y les causa tanta gracia que lo filman y difunden, y peor aún, la televisión que enfoca menores de edad durante los partidos al realizar el festivo ritual discriminatorio.

Analizar lo que ocurre en el deporte en materia de discriminación es de gran importancia dada la enorme penetración social y difusión mediática que en particular tiene el futbol en la sociedad, en todos los estratos, edades y géneros. El deporte dejó de ser algo familiar para convertirse en un espacio de descarga social, que frecuentemente conduce a graves actos de violencia.

La lucha contra la discriminación, y particularmente contra la homofobia, tiene un gran rezago, y más aún dentro del deporte. Falta mucho por hacer, más allá de los intentos que órganos reguladores del deporte en los ámbitos internacional y nacional, equipos y medios de comunicación, han realizado al incorporar normas contra la discriminación.

La FIFA reconoce su responsabilidad de liderar el camino hacia la abolición de todas las formas de discriminación en el futbol. El artículo 3 de sus Estatutos establece:

Está prohibida la discriminación de cualquier país, individuo o grupo de personas por cuestiones de raza, color de piel, su origen étnico, nacional o social, sexo, lengua, religión, posicionamiento político o de cualquier otra índole, poder adquisitivo, lugar de nacimiento o procedencia, orientación sexual o por cualquier otra razón, y será punible con suspensión o expulsión.

El código disciplinario de la FIFA, que describe las sanciones incurridas como resultado de violaciones a los Estatutos, se aplica a todos los partidos y competiciones organizados por esta federación y debe ser obedecida por todas las asociaciones y sus respectivos miembros, incluyendo clubes, oficiales, jugadores, oficiales de partidos, así como cualquier otra persona de la FIFA y los espectadores. ¿Por qué esto no se aplica en nuestro fútbol? ¿Discriminación normalizada?

Por otra parte, fue hasta 2014 que el Movimiento Olímpico incluyó como forma de discriminación una mención expresa a la orientación sexual de los individuos. Y de nuevo en el balompié, la Confederación de Fútbol Asociación de Norte, Centroamérica y el Caribe (Concacaf) cuenta con un Protocolo contra el Racismo durante partidos, que incluye medidas disciplinarias e incluso detener momentáneamente el encuentro o incluso suspenderlo. Esto muestra cómo la homofobia ha quedado rezagada ante otras formas de discriminación como el racismo y el antisemitismo.

Muchos son los intentos que se hacen en los ámbitos locales para erradicar la discriminación o promover conciencia social. La Federación Mexicana de Fútbol (FMF) lleva a cabo un par de campañas con balones de colores distintivos para tratar de generar conciencia por la no violencia y contra el cáncer de mama y próstata.

En el Reino Unido se lleva a cabo la campaña #RainbowLaces donde jugadores de 52 clubes muestran su apoyo a los jugadores homosexuales. La iniciativa generó más de 320 millones de menciones en Twitter. Grandes equipos de la liga inglesa como el Arsenal, Chelsea, Manchester United y Manchester City, han respaldado campañas contra la homofobia en el fútbol que apuestan por una cultura de tolerancia en el deporte. Pero, a pesar de la sensibilización sobre el tema, todavía no hay jugadores profesionales que abiertamente manifiesten su homosexualidad, y la homofobia sigue siendo muy fuerte dentro del fútbol y todo lo que lo rodea.

Agrupaciones homosexuales de España iniciaron una campaña en Twitter para promover una liga de fútbol sin homofobia. Solicitaron a jugadores y distintas figuras de ese deporte que enviaran mensajes de apoyo a la campaña. No consiguieron ninguna respuesta. El público no muestra conciencia, tampoco los jugadores, los árbitros, los equipos o la federación hablan del tema.

Analizando otras exclusiones en el deporte, la presencia de mujeres árbitros en el ámbito profesional de cualquier disciplina deportiva sigue siendo escasa. No las vemos en el fútbol, beisbol, fútbol americano ni box. Al parecer, las mujeres sólo regulan a las mujeres. Algunos deportes, como el tenis o el voleibol, muestran mayor apertura en asuntos de género.

El racismo y el ultranacionalismo sí han contado con respuestas contundentes de los órganos reguladores del deporte en el ámbito internacional e incluso con gran respaldo en redes sociales, como lo manifesté al inicio de este texto.

El deporte sigue siendo un espacio de hombres heterosexuales. Fue toda una noticia la llegada a la liga profesional de fútbol americano

en los Estados Unidos (NFL) del primer jugador homosexual, Michael Sam, durante la selección de jugadores colegiales de 2014.

La lucha contra estas manifestaciones se debe hacer a través de la concientización, y es responsabilidad de todos, empezando por directivos, deportistas y medios de comunicación. Se requiere de discusión, cambios normativos, campañas educativas, capacitación, información y visibilización.

Deportes y discriminación, de la colección
Matices, se terminó de imprimir en octubre de 2015
en los talleres gráficos de Impresora y Encuadernadora Progreso
(IEPSA), S. A. de C. V., San Lorenzo 244, col. Paraje San Juan,
del. Iztapalapa, 09830, México, D. F.

Se tiraron 2000 ejemplares.

La cancha aún no es pareja para todas y todos. El mundo en que vivimos sigue privilegiando una visión que impone a ciertos deportes un derecho de exclusividad y que los considera diseñados sólo para algunos tipos de personas.

Este libro reúne las opiniones de personas que practican diversos deportes, de manera profesional o *amateur*, quienes nos hablan de sus experiencias con la discriminación y el trato desigual por no ajustarse a los patrones excluyentes tanto de directivas del deporte como de medios de comunicación. A sus textos se suman los de quienes, desde la tribuna y la práctica periodística, observan con inquietud el desprecio por la diferencia, por la diversidad y la pluralidad, una actitud que se refleja habitualmente en expresiones de odio, homofobia, racismo y violencia.

Este libro es una invitación a reflexionar sobre la manera en que la discriminación y la desigualdad de trato han permeado los eventos deportivos, sin importar su magnitud o el espacio en que se desarrollan, con el fin de evitar que el machismo, la xenofobia, el racismo y la homofobia empañen los esfuerzos de mujeres y hombres en las justas deportivas, donde la cancha debe ser pareja para cualquier persona que participe en ella, sin excepción.

colección
matices

SEGOB
SECRETARÍA DE GOBERNACIÓN



CONSEJO NACIONAL PARA
PREVENIR LA DISCRIMINACIÓN